COLECCION

DE LAS MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y

MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Librería de D. J. Cuesta, calle de Carretas, n.º 9:
Depósito central de toda clase de comedias, zarzuelas, óperas y sainetes, tanto del Teatro antiguo como moderno.

COMEDIAS DEL TEATRO MODERNO.

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
A la vejez viruelas.
A Madrid me vuelvo.
Abenabó.
Alfredo.
Amores de Sopeton.
Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pié de la letra.
Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Bandolero.
Borrascas de un Bodegon.
Bravío de Sevilla.
Bella labradora.
Blanca y Montcasin (tragedia).
Bosque peligroso.
Cecilia y Dorsan.
Califa de Bagdad. (ópera).
Chismoso (El).
Clementina y Desormes.
Cadma y Signoris.
Calavera (El).
Caliche.
Camila (tragedia).
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (Las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (El) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Coquetismo y presuncion.
Costumbres de antaño.
Cuantas veo tantas quiero.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
Cada mochuelo á su olivo.
Carnaval de Nápoles.
Celos del tio Macaco.
Cigarrera de Cádiz.
Con título y sin fortuna.
Cuakero y la cómica.
Chaquetas y fraques.
Duque de Viseo.
Deber y la naturaleza.
Don Dieguito.
Don Pedro de Portugal (tragedia).
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
Don Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (La).
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Don Sancho el Bravo.
Don Tello de Guzman.
Doncel de Don Fernando (El).
Dos compadres.
Dos Seminaristas.
Dido.
Doña Inés deCastro.
Dos sobrinos.
Del Rey abajo ninguno, García del Castañar. (Corregida por Hartcenbuch).

LA
EXPIACION,

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

TRADUCIDO DEL FRANCES

por Don Ventura de la Vega.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 10 de febrero de 1831.

MADRID,

IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS.

Febrero de 1831.

PERSONAS.	ACTORES.
El Conde de Torrelli. .	Sr. Elías Noren.
Morazzi, *su sobrino*.. . . .	Sr. José Alcázar.
Julia, *hija adoptiva del conde*..	Sra. C. Samaniego.
Fernando, *capitan aleman*.	Sr. José Montaño.
Ruding, *mayor aleman* . .	Sr. Luis Fabiani.
Fritz, *criado de Fernando*.	Sr. A. Guzman.
Borello, *jardinero del conde*.	Sr. Antonio Rubio.
Juana, *molinera*.	Sra. C. Velasco.
Antonio, *su hijo*.	Sr. José Guzman.
Carlota, *criada de Julia*.	Sra. María Cabo.
Urman, *sargento aleman*..	Sr. I. Silvostri.

Oficiales y soldados alemanes.

Paisanos sicilianos.

La escena es en Sicilia en el momento de la retirada de los alemanes.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa lo interior de un molino construido sobre barcas. En el fondo una ventana, á su lado una puerta que dá á un puente rústico que conduce á la orilla. A la derecha la puerta del interior, á la izquierda un armario. Dos sillas, un banco de madera y una mesa.

ESCENA I.

JUANA *sola.*

(Está asomada á la ventana. — Oyense tiros, cornetas y tambores á lo lejos).

¡Ya ha vuelto á empezar la jarana! ¡otro combate entre nuestros paisanos y los soldados estrangeros! De algun tiempo á esta parte todos los dias es lo mismo: no se oye mas que un grito contra ellos en todo el pais: nuestros paisanos, á quienes tanto han maltratado, no dejan escapar las ocasiones de vengarse; se esconden entre las montañas à fin de sorprenderlos; y por desgracia no siempre quedan encima..... ¡Ay Dios mio! Ahora me acuerdo de que mi hijo no ha vuelto todavia del

castillo: como no haya ido á meterse en la funcion.... es muy capaz de ello. *(Llaman á la puerta)* ¡Quién será!.... no es él, porque me hubiera llamado... ¡Si será alguno de esos bribones! *(Saca un puñal)*. Por fortuna tengo con qué defenderme.

Borello dentro. Juana, abre; soy yo.

Juana. Es mi hermano. (*abre*).

ESCENA II.

JUANA, BORELLO.

Bor. ¡Cuánto tiempo me has tenido á la puerta!

Juana. Como estoy sola en el molino, me he encerrado.

Bor. Préstame el sable y el fusil de mi difunto hermano.

Juana. ¿Qué vas á hacer?

Bor. ¿No oyes que les estamos dando un saludo á los estrangeros? Voy á unirme á mis camaradas.

Juana. ¿Por qué te metes tú en eso? ¿Eres tú soldado? ¿No eres el jardinero del conde de Torrelli? Toma tu escardillo, y piensa en tu jardin, y no te metas en mas.

Bor. Cuando se trata de echar de aquí à los que oprimen nuestro pais hace tanto tiempo, ¿quieres que....

Juana. Es verdad que nos han hecho bastante daño. Mi pobre marido murió

á manos de esos infames, y ahora mismo acaban de colgar de un árbol á dos pobres sicilianos que se negaban á darles el último pedazo de pan.

Bor. ¿Y todavia querrás detenerme?

Juana. No quiero que te espongas á que te suceda otro tanto; y ademas ¿á qué vienes á pedirme armas? ¿No tienes tú las tuyas?

Bor. Se las he prestado á Antonio.

Juana. ¡A mi hijo! Ya estaba yo segura de que el bribonzuelo andaría en la danza... Hermano, me tienes muy descontenta; vas á perder á mi hijo con tus consejos. Vosotros hareis de modo que los alemanes, por vengarse, peguen fuego al castillo de nuestro buen señor el conde de Torrelli.

Bor. ¡Ba! El castillo está oculto entre las montañas; las rocas y los árboles que lo rodean impiden que se le vea desde el camino real. Ademas, el señor conde ha dado asilo á todos los paisanos que han perdido sus propiedades, y si los soldados estrangeros se presentasen allí, nos veríamos las caras. ¡Qué alegría para el señor conde si podemos vernos libres de esa maldita canalla! ¡Qué fiesta en el castillo! Seguramente no perdonaría el vino que le han dejado, y beberíamos por fin á la libertad de la Sicilia.

Juana. Nada faltaría entonces á su felici-

dad si pudiese encontrar ese hijo que busca hace tanto tiempo.

Bor. ¡Qué suerte tan brillante le espera á ese jóven si vuelve à los brazos de su padre! ¡Y qué locura la de esa María, haber desaparecido sin dar jamas noticias de su paradero!

Juana. ¿Quién podía prever lo que ha sucedido? El señor conde ¿no abandonó á María para casarse con otra? Si la condesa hubiera vivido y le hubiera dejado un hijo por heredero de sus títulos y su inmensa fortuna, puede ser que no hubiera vuelto á acordarse del hijo de la pobre María.... ¡Ah, pícaros hombres! Todos son iguales.

Bor. Por fortuna el señor conde tiene quien lo consuele. ¿No está á su lado su sobrino el señor Morazzi?

Juana. A lo menos ya tiene heredero.

Bor. Y esa jóven huérfana, que lo quiere con tanto extremo....

Juana. Oh! esa es diferente: ¡es tan buena, tan amable! Pero el señor Morazzi.... tiene un gesto tan desabrido, un modo de mirar tan....

Bor. ¡Hermana....!

Juana. No, no; esto no es decir.... Pero á todo esto, tarda mucho mi Antonio: ¡si le habrá sucedido algo!

Bor. En ese caso será vengado. Yo le quiero porque al fin es mi sobrino; pero si despues de matar tres enemigos

muere à manos del cuarto, diré: hágase la voluntad del cielo.

ESCENA III.

LOS DICHOS, MORAZZI.

Morazzi. Buenos dias, amigos.

Bor. ¿Sois vos, señor Morazzi?

Mor. Ya me teneis de vuelta. He dejado mis caballos al otro lado del estanque, porque queria ver á Juana antes de volver al castillo. Y bien ¿hay algo de nuevo?

Bor. Lo de siempre: todo es desorden y desgracias.

Mor. Pronto van á acabar.

Juana. ¿Lo esperais asi?

Mor. No me queda duda. El príncipe don Carlos ha desembarcado en Mesina: ya es dueño de todo el reino de Nápoles, y va á librar para siempre nuestro pais del yugo del estrangero.

Bor. Ojalá que no se escape ninguno, ó que se los trague la mar.

Mor. Esta noticia va á llenar de gozo á mi buen tio.

Juana. Y á la señorita tambien.

Bor. Ya empezaba á inquietarle vuestra ausencia.

Mor. ¿Sabeis si ha recibido alguna noticia de su hijo?

Bor. ¡De su hijo!

Juana. ¿Pues qué, la esperaba?

Mor. Sin duda: qué, ¿no lo sabiais? ¿No han dicho que aquella joven de quien mi tio se enamoró, aquella....

Bor. María....

Juana. Sí, María Roberti. La conociamos mucho.

Mor. Dijeron que se habia descubierto su paradero: se refugió en una aldea de las montañas del Tirol.

Juana. ¿Con su hijo?

Mor. Con su hijo. El conde, aprovechándose de este rayo de esperanza, se apresuró á escribir; pero es probable que la noticia fuese falsa.

Juana. Mucha pena le va á causar.

Mor. Yo tambien lo siento.... aunque á la verdad no sabemos qué será de ese joven.... si vive, ¿qué educacion le habrán dado?... Ya se vé.... es el fruto de unos amorcillos de juventud....

Juana. Poco á poco, señor Morazzi. María Roberti era una muger honrada, de una familia decente, llena de talento y de virtudes....

Bor. Y vuestro tio se hubiera casado con ella; pero sus parientes.... una boda de conveniencia.... la órden de su padre... fue preciso obedecer.

Juana. Y María desesperada quiso sin duda ocultar su hijo y su desgracia á los ojos del mundo; y el mismo dia de la boda del señor conde, desapareció: vuestro tio no se ha consolado aún de este suceso.

Mor. Yo haré lo posible por aliviar sus penas. Su hijo ya no vive (*ap*.), á lo menos lo espero asi. — Todas las investigaciones que se han hecho han sido infructuosas; las cartas no han tenido contestacion....

Juana. A propósito de cartas; esta mañana recibí una para el señor conde.

Morazzi. ¡Una carta para mi tio! ¿Quién os la entregó?

Juana. Un carretero que pasó por aquí (*la saca del armario*).

Mor. ¿Y de parte de quien?

Juana. No me lo ha dicho; pero desde que se ha interceptado la comunicacion, no vienen los correos, y se aprovecha cualquier conducto para escribir. Puede ser que la fecha de esa carta sea muy atrasada, porque el carretero ha tenido que tomar muchos rodeos para librarse de los alemanes.

Mor. (*Toma la carta. ap*.) ¡Qué veo! Tiene el sello del Tirol. — Juana, no olvideis lo que os he encargado; si recibís otra carta por este conducto, no la envieis al castillo; yo vendré de cuando en cuando á veros, y la recogeré.

Juana. Ya me lo habeis dicho varias veces; pero temo que vuestro tio....

Mor. Nada temais: lo que yo hago es por esceso de cariño: podria recibir alguna mala noticia, y quiero evitarlo.

Bor. Muy bien hecho.

Mor. Borello, asómate, y dime si puedo continuar sin peligro hasta el castillo.

Juana. Sentaos, señor Morazzi; yo tambien voy á ver si vuelve mi hijo.

ESCENA IV.

MORAZZI *solo.*

Ya estoy solo.... ya puedo ver el contenido de esta carta. (*Despues de haber observado, abre la carta.*) « Señor Conde: las nóticias que os han dado, eran ciertas".... Veamos la firma.. « El Burgomaestre de Clausen. Una muger Siciliana, llamada María Roberti"...... ¡Ella es!... « vino hace quince años á establecerse con su hijo en Clausen." ¡ya está descubierta! ¡Ah cuanto me alegro de haberme apoderado de esta carta!... Continuemos. « Esta interesante muger, no teniendo mas recursos que su trabajo, lo sacrificó todo á la educacion de su hijo. Hace seis años que murió..." ¡Ha muerto!.... « Hace seis años que murió, con sentimiento de cuantos la conocian. Su hijo....." ¡Veamos!... "Su hijo, obligado á abrazar la carrera de las armas, sirve en el regimiento de Fersen." ¡Que no hubiera seguido á su madre! "Ha merecido por su conducta el aprecio de sus compañeros, por su valor la a encion de sus gefes, y por su celo y exactitud la amis-

tad y la proteccion del mayor Ruding, que le quiere como á un hijo." ¡Con que vive todavía!... ¡Ah! Si mi tio lo llegase á saber.... todo sería perdido para mí.... ¿Y he de dejar escapar una herencia que me pertenece, y me cuesta tantas penas?... No, jamas abandonaré mi presa. Si mi querido primo se presentase, desgraciado de él.... pero no es posible: los alemanes dejarán pronto esta isla, y he tomado tan bien mis medidas, que mi tio no conseguirá nada. Vamos, Morazzi, constancia, y la herencia es tuya.

ESCENA V.

MORAZZI, BORELLO, *y despues* JUANA *y* FRITZ.

Bor. Señor, los caminos estan libres todavía; pero es preciso que os apresureis: los paisanos han sido batidos, y el enemigo se acerca.

Mor. ¿Trae mucha fuerza?

Bor. Bastante, las mejores tropas que he visto: hacen parte del regimiento de Fersen.

Mor. ¿Cómo, cómo? ¿Qué has dicho? ¿De Fersen?

Bor. Sí señor, de Fersen. Un regimiento que ha desembarcado para proteger la retirada de los alemanes.

Mor. (*ap.*) ¡Fersen! No me engaño; es el mismo que dice la carta. —

Bor. Han perdido algunos hombres en la refriega: dicen que un oficial está herido; los soldados estan furiosos, y temo que si os encuentran....

Mor. Me voy. (*aparece Fritz en el puente, y Juana deteniéndolo*).

Fritz. Os he dicho que he de entrar: necesito socorros para mi amo, á quien por poco asesinan esos bribones.

Bor. Es un criado solo: no teneis que temer.

Fritz (*entrando*) ¿Estais sorda? Ya os he dicho que mi amo va á llegar aqui con el mayor Ruding.

Mor. (*ap.*) ¡Ruding ha dicho!

Bor. Marchaos.

Fritz. Estoy encargado de buscar los alojamientos; y como vuestro molino es la única casa que se descubre en estos alrededores, por eso le he dado la preferencia.

Juana. Os doy las gracias.

Mor. (*ap.*) Mis temores sa han renovado.

Fritz. Cuidado con hacer la menor resistencia. Traemos fuerza.

Bor. Señor, marchaos.

Mor. Necesito hablarte antes de entrar en el castillo: espérame dentro de dos horas junto al acueducto.

Bor. No faltaré. (*Conduce á Morazzi hasta la puerta del molino*).

ESCENA VI.

BORELLO, FRITZ, JUANA.

Fritz. (*sentándose*) Vamos, vamos, patrona, no hay que andar en requilorios. ¿Donde estan las provisiones? ¿Donde está el pan? ¿Donde está el vino? ¿Donde está el jamon?

Juana. ¿Donde está el dinero?

Fr. ¡Dinero! ¿Para qué? Todo lo que hay aquí me pertenece.

Juana. ¡Ola!

Fr. Las gallinas, los huevos.

Juana. ¡Calle!

Fr. Todas las botellas, si tienen vino.

Bor. ¡Qué diablo!

Fr. Todo tu dinero, si le tienes.

Bor. ¿Nada mas que eso?

Fr. (*á Borello*) Y tu muger, si es bonita.

Bor. Agradece á que te tengo por loco, que si no ya te hubiera muerto.

Fr. ¿Cómo es eso? ¿Piensas tú que yo he venido á Sicilia para que me maten? Yo no soy soldado; pero si os atreveis á tocarme al pelo de la ropa, tendreis que hacer con el capitan Fernando, mi amo, que va á venir aqui con el mayor Ruding, y que aunque está herido os hará entender cómo se me trata. Pues no es buena que me han de dar en todas partes aceite en lugar de manteca, y pistachos en lugar de patatas. ¡Vaya un re-

galo para el conquistador de la Sicilia!

Juana. ¿Vos conquistador?

Fr. Sí señor, yo. Conquistador de reata, es verdad, porque marcho con los vagages; pero no por eso dejo de pasar lista, y de tener mi parte de gloria y mi racion de víveres como si fuera un héroe. En cuanto á mi paga....

Bor. Yo me encargo de ella si quieres.

Fr. ¿Tú? Mil truenos, mil bombas, mil demonios que te lleven.... (*Borello cruza los brazos, y lo mira con compasion.*) Es cosa singular que este hombre no me tenga miedo. Vamos, mas vale arreglarlo todo amistosamente: me pareceis gente honrada; y si me dais todo lo que teneis, os tomaré bajo mi proteccion.

Bor. No hay aqui nada que dar; todo se lo han llevado.

Fr. Ba, ba! todos decis lo mismo.

Juana. Ya hemos dicho que no tenemos nada, y estamos acostumbrados á las amenazas.

Fr. Vamos, patroncita, no hay que enfadarse; vos quereis parecer mas mala de lo que sois; peró yo os entiendo, y en prueba de ello, voy á daros un abrazo.

Juana. (*sacando el puñal*) Atras.

Fr. ¡Dios mio, qué virtud! (*Ve à Borello que tambien saca su puñal, y se retira hácia el fondo*) ¡Zape! ¿Tambien este?

Bor. Marcha de aqui.
Fr. Yo?
Bor. Marcha te digo: no quiero sufrirte mas....
Fr. Pero, señor patron....
Bor. Marcha, ó eres muerto.
Fr. *(desde la puerta)* Alli viene mi amo. ¿Cómo es eso? ¡A mí echarme! No se dirá que el valiente Fritz ha retrocedido un paso.
Bor. Miserable!
Juana. Calla, que viene gente.

ESCENA VII.

LOS DICHOS; RUDING, FERNANDO *herido en el brazo izquierdo*; SOLDADOS.

Fernando. ¡Cuánto tengo que agradeceros señor Mayor!
Rud. En nuestro oficio, mi querido Fernando, es hoy por tí, y mañana por mi.
Fern. Todo os lo debo: acabais de salvarme la vida.
Rud. Esos bribones no acometen sino á los que encuentran solos: asi es que huyeron en cuanto yo me acerqué con la tropa; pero ya he mandado un destacamento que los persiga, y espero que me traigan á lo menos aquel muchacho que te tiró el pistoletazo á quema-ropa.
Juana. *(ap. á Borello)* ¡Un muchacho! ¿has oido? ¿Si será Antonio?

Bor. Calla: si hubiera sido él, no le hubiera errado.

Rud. La herida debe incomodarte; sin embargo espero que no será nada.

Fern. No es de peligro.

Rud. Siéntate.

Fritz. *(trayendo una silla)* Aqui hay silla.

Rud. Vosotros traednos algo de almorzar.

Bor. *(ap. á Juana)* Es un enemigo de la Sicilia: di que no tienes nada.

Fernan. Hacedme el favor de un vaso de vino.

Fr. Y del mejor que haya.

Juana. No le tengo ni bueno ni malo.

Fernan. Haceos cargo del estado en que estoy.

Bor. Lo que habia en la bodega se lo han bebido, y lo que no han podido beber lo han derramado.

Fern. Yo no pido nada de valde: se os pagará bien.

Bor. Con el dinero de la Sicilia. ¿no es verdad?

Rud. Camarada; ya veo yo que no sabes el modo de hablar á los que no atienden á razones. Señor molinero, el diablo os va á llevar si dentro de cinco minutos no nos traeis vino.

Bor. *(volviendo la espalda)* Yo no soy de la casa.

Rud. Vamos, marcha, y no me lo hagas decir dos veces.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS *menos* BORELLO.

Rud. Y vos, señora patrona, ¿qué nos dais de comer?

Juana. Todo lo que se puede esperar de quien no tiene nada. Si estos señores traen algo, yo lo guisaré.

Rud. No se trata de eso.

Fern. Bien podreis traer unos huevos.

Juana. Donde no hay gallinas, no puede haber huevos.

Fern. Con dinero y buenas palabras.....

Juana. ¿Y de qué me sirve vuestro dinero? Aunque me diéseis un ducado por cada huevo, mañana vendrian vuestros compañeros y me quitarian los ducados.

Fritz. Chit..... silencio..... una gallina cacarea..... señora patrona, ésta ha faltado á la consigna.

Rud. Vaya, Fritz, da pruebas de valor.

Fr. Señora molinera, conducidme al gallinero, ó si no, retuerzo el pescuezo á todas vuestras gallinas.

Juana. *(ap.)* Malditos hombres.

Fr. Vaya, seguidme, ó no doy cuartel, y las paso todas al filo..... del asador.

ESCENA IX.

RUDING, FERNANDO.

Fern. ¡Qué cruel es verse obligado á usar de tanto rigor.

Rud. Es el único medio de conseguir algo, y además esta severidad importa á nuestra seguridad personal.

Fern. No estrañeis, señor Mayor, el interés que me inspira; ¿no era mi madre siciliana? Yo mismo ¿quién sabe si habré nacido en Sicilia, y la suerte cruel, que no ha dejado jamas de perseguirme, me obliga hoy á tomar las armas contra mi patria?

Rud. ¿Qué diablo de ideas tienes en esa cabeza? Tu patria es la tierra que te ha adoptado; tu soberano es el que ha recompensado tu valor dándote un puesto honroso en la sociedad. Por lo demas; que la guerra sea justa ó no, eso no nos toca á nosotros decidir: nosotros somos soldados; nos mandan, obedecemos, y á esto se limita nuestro deber.

Fern. *(suspira)* ¡Ay, amigo mio!

Rud. ¿Será por esto esa melancolía que noto en tí de algun tiempo á esta parte? No es posible. ¿Será porque todavia piensas en la desgracia de tu nacimiento? Vamos, Fernando, habla: ¿has hecho alguna funesta aclaracion?

Fern. No: mi madre ha guardado su secreto

en la tumba. Solo sé que fué muy desgraciada; que yo jamas he gozado de las caricias de un padre, y que estoy condenado á arrastrar en el mundo la vergüenza de un nacimiento ilegítimo.

Rud. ¡La vergüenza! A los que te echen en cara esa vergüenza, puedes responderles con la punta de tu espada. Es una preocupacion bárbara la que castiga en los hijos las faltas de los padres. ¿No eres tú el oficial mas valiente del regimiento; el ejemplo de tus compañeros; el amigo, el hijo adoptivo del Mayor Ruding?..... ¡Voto va!..... Estos títulos bastan para ennoblecerte.

Fern. ¡Ay, amigo mio, si supiérais.....!

Rud. Vamos, confiámelo todo; dime lo que te aflige: si tieues penas ¿no es justo que yo las parta contigo?

Fern. Sí, voy á abriros mi corazon. Vos no podeis terminar mis desgracias; pero vuestra tierna amistad endulzará las penas que me causan.

Rud. En hora buena. Ya te escucho.

Fern. Desde el dia en que murió mi madre, vos recogísteis á este pobre huérfano: vuestra ternura, vuestros beneficios labraron mi gratitud; y mi corazon, entregado á la amistad, no pudo menos de conocer el amor.

Rud. Eh! ya lo decia yo.

Fern. Una comision secreta os habia alejado de Viena. Durante vuestra ausencia me presentaron en casa de la Marquesa de Monreal, viuda de un noble siciliano, que se

hallaba en aquella capital con motivo de un pleito.

Rud. Sí, he oido hablar de ella.

Fern. Allí fué donde conocí á su hija Julia, cuyas gracias y hermosura llamaban la atencion de todos. Yo la ví y la amé. Quise combatir por mucho tiempo esta pasion irresistible; pero la veia continuamente, y cada vez me parecia mas hermosa, y mas digna de ser amada..... En fin, me atreví á hablarla, y supe que mi amor era correspondido. «No temais, confiaros á mi madre, me dijo un dia Julia; ella me ama con extremo, y lo sacrificará todo á mi felicidad. Aunque no tengais bienes, si vuestro nacimiento no os deshonra, estad seguro de obtener la mano de vuestra Julia.» ¡Ay, amigo mio, qué rayo fué este para mí! Al escuchar sus palabras, todas mis ilusiones desaparecieron; la terrible verdad se presentó á mis ojos. Solo, sin nombre, sin nacimiento, me avergoncé de mí mismo, y sacrificándome al reposo de una familia apreciable, encerré en el fondo de mi alma mi secreto, mi vergüenza y mi desesperacion. Partí y no la volví á ver. ¡Ay! ¿Por qué al vencerme á mí mismo, no pude vencer mi amor! Mis esfuerzos no han hecho mas que aumentarle. Yo la amo cada vez mas, y no alcanzo á ver el término á las desgracias de una vida que el cielo me concedió en su cólera.

Rud. ¡Pobre Fernando! ¿Y por qué no seguiste los consejos de aquella jóven?

Fern. ¿Queríais que revelase mi vergüenza?

Rud. Vamos; la cosa no es desesperada: tu madre era siciliana; ¿y quién sabe?..... acaso el cielo te ha traido á este pais para que encuentres en él al autor de tus dias.

Fern. ¿Olvidais que ignoro hasta su nombre?

Rud. ¡Es verdad! ¡Qué diablos! Ya no me acordaba de esa dificultad. No importa, yo veré á la marquesa: un acto de adopcion no es una cosa tan difícil; y yo he de tener entre mis papeles cierto título de Baron que puede allanar los obstáculos. Consuélate, amigo mio; buscaremos á tu Julia, la encontraremos, y.... ¡Voto va!.... te has de casar con ella.

Fern. *(echándose en sus brazos)* ¡Ah, mi bienhechor..... mi padre!

ESCENA X.

LOS DICHOS, FRITZ, BORELLO, JUANA, ANTONIO *conducido entre soldados.*

Fritz. Aqui está, aqui está; ya le hemos pillado.

Rud. ¿A quién?

Fr. A este muchacho que le tiró el pistoletazo á mi amo.

Fern. Sí; él es. ¿Qué te hice yo para que atentases á mi vida?

Ant. Yo soy siciliano, y vos un enemigo de mi patria.

Rud. ¡Miserable! ¿Sabes que te importa la vida.....?

Ant. Con gusto la sacrifico.

Rud. Pues bien; sufre tu suerte.

Juana. ¡Piedad! ¡piedad! ¡es mi hijo; mi hijo único!

Rud. Soldados, obedeced.

Juana. *(de rodillas)* Tened piedad de una madre afligida.....

Bor. ¿Juana, qué haces? No esperes enternecerlos. Firmeza: ese muchacho ha hecho su deber.

Rud. ¡Su deber!

Bor. Sí; el deber de todo hombre de bien es libertar su pais: si no lo consigue, Dios acepta la intencion, y su recompensa está en el cielo.

Rud. Pues bien, que vaya á buscar su recompensa.

Juana. ¡Ah señor! piedad.

Fern. Yo le perdono el mal que ha querido hacerme; intercedo por él, y espero, querido Mayor, que no me negareis esta gracia.

Bor. *(ap.)* ¡Será posible!

Rud. *(á Fernando)* ¡Y tú tambien!..... Acuérdate de tu herida..... Ellos te castigarán de tu bondad.

Fern. No quiero echarme en cara su muerte, ni es justo castigar á ese jóven por una accion que acaso hubiera yo hecho en su lugar. Perdonadle, Mayor.

Rud. ¿Tú lo quieres? Pues bien; está libre.

Juana. ¡Hijo mio!

Bor. *(ap.)* ¡Le perdonan!

Juana (á los pies de Fernando) ¡Ah, señor!
Bor. Sin bajeza.
Juana. ¡Qué! ¿no soy madre?

ESCENA XI.

LOS DICHOS, UN ORDENANZA.

Ord. (dándole un pliego á Ruding) Señor Mayor, de parte del general.
Rud. Dame. *(Borello, Juana, Antonio y los soldados se retiran al fondo).* ¡Qué veo! Esos bribones han asesinado á varios soldados! ¡Voto va! Yo descubriré á los culpables, y me pagarán las crueldades que cometen. *(Sigue leyendo).* ¡Por vida de!....
Fern. ¿Qué es eso, querido Mayor?
Rud. Me dan órden de marchar al instante con la tropa á cuatro millas de aqui para proteger un convoy. ¿Te sientes con fuerza para acompañarme?
Fern. Me es imposible.
Fritz (ap.) ¡Ay Dios mio! que se va á marchar sin nosotros.
Rud. Sin embargo, no quisiera dejarte aquí.
Fern. ¿Qué tengo que temer?
Rud. Es verdad que el beneficio que le acabas de hacer á esta muger..... Prométeme ser prudente.
Fern. ¡Para conservar una vida que vale tan poco!
Rud. No olvides que pertenece al estado y á tu amigo.
Fern. Pues bien, yo os lo prometo.

Rud, (á los paisanos). Os confio este oficial: pensad que le debeis la vida de vuestro hijo: pensad que es mi mejor amigo; que dentro de pocas horas estaré de vuelta, y que si sé que le habeis hecho el menor insulto, ninguno de vosotros se librará de mi venganza.

Fr. Recomendadme á mí tambien, señor Mayor.

Rud. Vamos, Fernando; hasta la vuelta. ¡Voto va! Deja esa tristeza, y que la esperanza te haga conservar una vida que el cielo destina para el amor de tu Julia... Adios. *(A los soldados).* Y nosotros, marchemos.

ESCENA XII.

FERNANDO, FRITZ.

Fern. Sí; para ella solo quiero vivir.

Fr. ¿Conque nos quedamos aquí?

Fern. Preciso.

Fr. Sí; preciso..... Tenemos unos patrones tan amables.

Fern. ¿Y á dónde quieres que vayamos?

Fr. Si yo estuviera en vuestro lugar no permaneceria un minuto en esta maldita casa: aquí hasta las mugeres tienen puñales.

Fern. Cobarde!

Fr. Enhorabuena. Generalmente se llama

cobardía en un pobre diablo como yo, lo que se llama prudencia en un señor de circunstancias; y la cosa es la misma: la cobardía es mi prudencia; y yo confieso que soy muy prudente, infinitamente prudente.

ESCENA XIII.

LOS DICHOS, JUANA *(entra con misterio trayendo una cosa oculta).*

Juana. Señor, aquí os traigo unos huevos y una botella de vino añejo que tenia escondida. Vos habeis salvado á mi hijo, y su madre no lo puede olvidar.

Fern. ¿Qué dices ahora, Fritz?

Fr. Cuidado, señor; esos huevos están envenenados.

Fern. *(riyendo).* Sí, por dentro de la cáscara.

Fr. Señor, en este pais dan veneno á las gallinas para que pongan huevos envenenados.

Fern. *(dando un bolsiila á Juana).* Os doy las gracias, buena muger.

Juana. *(reusándolo).* ¡Ah, señor! ¿qué haceis?

Fern. Sí, teneis razon; un servicio de esta clase no se paga con dinero.

Juana. Yo soy la que no puedo pagaros.

Fr. *(Viendo que su amo toma un huevo).* ¡Cómo, señor! ¿os atreveis á comer?...

Fern. Déjame en paz.

Fr. ¡Pobre amo mio!..... Yo os amo demasiado para poder sobreviviros. *(Toma un huevo en cada mano).*

Fern. *(echándose vino).* Que Dios mejore los tiempos.

Juana. Dios lo haga.

Fr. Se ha empeñado en morir..... ¡Oh desesperacion...! *(bebe un vaso).* ¡Si será el último de mi vida!

Juana. Señor, para probaros que no olvido vuestro beneficio, quiero daros un consejo. No paseis la noche en este molino.

Fr. ¡Qué tal! ¿No os lo habia yo dicho?

Juana. Os habeis quedado solo, ¡y están los ánimos tan exasperados! Las madres que han perdido sus hijos vendrán ellas mismas á poner fuego al molino para haceros perecer.

Fr. ¡Ay, señor! ya me parece oler el humo.

Fern. Sentiria que mi presencia os causase la menor desgracia; pero estoy herido, no puedo emprender una marcha: decidme donde podré alojarme por estos alrededores.

Juana. Escuchad. Seguid á lo largo del estanque, y encontrareis á la derecha una senda: seguidla hasta llegar á una ermita; y luego, tomando á la izquierda, vereis entre los árboles un hermoso castillo; es del conde de Torrelli, nuestro buen señor..... El no quiere mucho á los alemanes, pero tiene en su compañía

una señorita muy amable y compasiva; y si ella se interesa por vos, no teneis mas que desear.

Fern. Fritz, marcha delante á anunciarme.

Fr. ¿Yo solo?..... Se me han olvidado las señas. El estanque..... la senda á la izquierda..... la ermita á la derecha..... los árboles, el castillo..... Me voy á perder sesenta veces.

Fern. ¿Podeis proporcionarme un guia?

Juana. Mi hijo os conducirá. Antonio. Antonio.

ESCENA XIV.

LOS DICHOS, BORELLO, ANTONIO.

Bor. ¿Qué quieres?

Juana. El señor quiere ir al castillo del conde. Antonio, enséñale el camino.

Bor. ¿El señor quiere fiarse de Antonio?

Fern. ¿Y por qué no?

Juana. El señor acaba de salvarle la vida.

Bor. No agradecemos vuestro beneficio mientras esteis en Sicilia.

Fern. Antonio ¿voy seguro contigo?

Ant. Nada temais de mí; pero si salen los otros.

Fern. Yo tengo armas; somos tres, y nos defenderemos. *(Prepara sus pistolas)*. Vamos.

Ant. Cuando gusteis.

Fern. Adios, buena gente.

Juana. ¡Ha salvado á mi hijo! ¡Dios mio, amparad su vida! *(Vase Fernando precedido de Antonio: Fritz le sigue temblando).*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnífico salon con vistas á los jardines.

ESCENA I.

JULIA, CARLOTA, ALDEANOS, Y ALDEANAS.

(Los aldeanos recorren el jardin á los gritos de «viva la Sicilia.» Carlota aparece buscando á alguien con inquietud: al fin se presenta Julia, y ambas se adelantan al proscenio mientras los aldeanos se alejan).

Carlota. ¡Ah señora! Os andaba buscando.

Julia. No he podido separarme del conde, y aun en este momento apenas tenemos tiempo de hablar. En fin, dime, ¿ese desgraciado oficial.....

Carl. Ya ha recobrado el sentido: el criado que lo acompaña le ha curado la herida, y se halla mucho mejor.

Jul. ¿Dónde está?

Carl. Siempre en el cuarto del conserge.

Jul. Es necesario que permanezca allí, y sobre todo que trate de que no le vean. Díle que esos hombres, cuyos gritos de alegría escitarán acaso su confianza, son sicilianos desgraciados, víctimas de los desastres de la guerra, que el conde de Torrelli ha recogido en su castillo para librarlos del furor de las tropas enemigas: díle que desean con ansia vengarse de sus opresores, y que peligrará su vida si se presenta á sus ojos. Cuando yo encuentre ocasion procuraré conseguir para él la proteccion del conde: esto no será muy fácil, porque aborrece tanto á los alemanes.....

Carl. ¡Cómo se va á incomodar cuando sepa que habeis recibido á ese oficial!.....

Jul. ¡El conde es tan generoso!.....

Carl. Sí, pero no sabeis que su maldito sobrino está de vuelta?

Jul. Morazzi?

Carl. El mismo. Todavía no se ha presentado en el castillo; pero yo sé que ha estado en el molino, y ese es al que mas debe temer vuestro protegido. El sabe engañar á su tio con ese falso aspecto de virtud y bondad; pero tiene el alma mas atróz.....

Jul. ¿Qué me dices?

Carl. La verdad, señora; estoy muy indignada para poder callar. Sabed que el señor Morazzi ha empleado el tiempo que acaba de pasar fuera del castillo en reunir una tropa de aldeanos con

los cuales ha cometido en estos alrededores los mas horribles asesinatos.

Jul. ¡Ah! tal es la rabia que se tiene á los estrangeros, que nadie creerá deber condenar semejante conducta, y aun el Conde mismo....

Carl. El señor Conde ama su pais, esto es natural; pero estoy segura de que echaria de aquí con horror á su sobrino, si supiera lo que acaba de hacer. ¡Oh! es que no podeis formaros una idea!.... Escuchad, escuchad solo lo que me ha dicho Antonio cuando ha traido al oficial. Un pobre soldado, separado de sus compañeros, y muerto de fatiga, habia buscado asilo entre las ruinas de una antigua ermita; arrodillado junto al altar, imploraba al cielo en favor de su madre.... Pues bien, en aquel instante recibió la muerte.

Jul. ¡Y fue Morazzi!....

Carl. Sí, señora.

Jul. ¡Mónstruo!

Carl. Juzgad ahora....

Jul. El Conde se acerca, silencio. Marcha á ver á nuestro protegido, cuida de que nada le falte, y recomiéndale sobre todo la mayor prudencia.

ESCENA II.

JULIA, EL CONDE *precedido y seguido de lacayos.*

Conde. Decid á mis vasallos que me animan los mismos sentimientos. El príncipe D. Cárlos ha desembarcado en Mesina, y va á terminar nuestras desgracias. Que el castillo del conde de Torrelli sea el primero en que, á los ojos mismos de los enemigos, celebren los verdaderos sicilianos la libertad de su patria. Marchad. *(Se van los lacayos.)* ¿Aquí estabas, hija mia?.... Sin duda mi gozo te sorprenderá; pero creo que tomarás parte en él, pues al hacerte mi hija adoptiva, tambien te has hecho siciliana.

Jul. ¡Padre mio! *(Aparte.)* Si me atreviese á confesarle....

Conde. Tú, educada en Alemania, no puedes sentir todo el odio con que miramos á esos soldados estrangeros; pero tampoco debes olvidar que la persona que amparó tu niñez, mi desgraciado hermano fue víctima de esos bárbaros; y no serás tan ingrata que te intereses por ellos.

Jul. *(Aparte.)* ¡Dios mio! Si supiera....

Conde. ¿No piensas como yo?

Jul. Sí, señor. Sin embargo....

Conde. Y bien....

Jul. Padre mio, solo quiero pensar en el placer que siento al veros libre de aquella tristeza....

Conde. ¡Libre! Jamas, hija mia. El momento en que veo libre mi pais del yugo que le ha oprimido durante veinte años, me llena de gozo; pero este momento de felicidad pasará como un relámpago, y mis antiguas penas volverán á atormentarme.

Jul. ¿Mi ternura no podrá mitigarlas?

Conde. Si solo fuera desgraciado, podria consolarme; pero fuí criminal, y el remordimiento debe emponzoñar los instantes de mi vida. Yo sacrifiqué á los mandatos de mi familia, á la ambicion, una muger á quien habia prometido amar eternamente: la obligué á huir de mi.... ¡acaso habrá perecido en la miseria y la desesperacion!.... ¡acaso mi hijo!....

Jul. El cielo se dignará volverlo á vuestros brazos

Conde. Ya he perdido la esperanza: todas mis diligencias han sido inútiles; mis cartas no han tenido contestacion: ¡yo moriré sin haber podido reparar la mayor de mis faltas!

Jul. No, padre mio, no puedo creer que el cielo desoiga vuestras ardientes súplicas: la paz va á renacer, las comunicaciones van á abrirse, partiremos juntos; recorreremos la Italia, la Alemania, la Francia, y no descansaremos hasta que hayais estrechado en vuestros brazos á ese hijo, objeto de tantas lágrimas.

Conde. ¡Mi querida Julia!....

ESCENA III.

BORELLO, MORAZZI, EL CONDE, JULIA.

Bor. Señor, aquí teneis al señor Morazzi.

Jul. ¡Morazzi!

Conde. Muy bien venido.

Mor. Mi querido tio, con cuánto placer vuelvo á veros. Señora, permitidme que os ofrezca mis respetos.

Jul. *(Aparte.)* Despues de lo que he sabido lo aborrezco mas: *(al Conde.)* Padre mio, permitid que me retire.

Conde. Hija mia, ¿por qué nos dejas?

Mor. *(Aparte á Borello.)* Infórmate si ese capitan se ha presentado á las puertas del castillo.

ESCENA IV.

MORAZZI, EL CONDE, JULIA.

Mor. Os felicito, mi querido tio, por el nuevo aspecto que ha tomado el castillo. El dia de mi marcha todo se veia devorado por la tristeza y el temor: ahora todo respira gozo y felicidad.

Conde. Efecto de las noticias que he recibido: mucho sentiria que fuesen falsas: ¿el príncipe D. Cárlos viene á nuestro socorro?

Mor. Nada es mas cierto. Ya las tropas enemigas se retiran á marchas forzadas, temiendo que les corten la retirada. Pero enmedio de su precipitada fuga ¡qué horribles vestigios van dejando en el suelo de nuestra patria! Vos mismo, señor, ¡cuántas pérdidas habeis sufrido! Acabo de recorrer vuestros dominios: por todas partes he visto el horroroso cuadro de la devastacion: he oido los gritos de las víctimas, y mi corazon se ha indignado á vista de los horrores que han cometido. Vuestro castillo de Urbí ha sido saqueado, el de Olbar ha sido pasto de las llamas: vuestros campos han sido talados, vuestros rebaños degollados;

y vuestros vasallos, despojados de cuanto poseian, han buscado asilo enmedio de los bosques contra la rabia de una soldadesca desenfrenada.

Conde. ¡Ah! ¡tú vuelves á encender mi cólera al referirme tantos delitos!

Jul. ¡Gran Dios! ¡Padre mio! vos, tan bueno, tan generoso, ¡conoceis tambien la venganza!

Conde. Lo confieso: si en este momento se presentase á mis ojos uno de esos infames....

Jul. (Aparte.) ¡Me hace temblar!

Conde. Basta: solo pensemos en la felicidad que nos aguarda.

Mor. El momento se acerca. Dentro de algunos dias se verán cumplidos vuestros deseos. Entonces vivireis tranquilo enmedio de unos vasallos que os aman, y al lado de dos seres que os deben su felicidad, y que se unirán para no abandonaros jamas.

Jul. (Aparte.) ¿Qué querrá decir?

Conde. Sí, hijos mios, esa es ya la única esperanza de mi vida; y puesto que me es imposible abrazar á mi hijo, mis bienes deben perteneceros á los dos. Julia, yo te he llamado hija mia; esperaba que fueses esposa de mi hijo.... Sé la esposa de Morazzi.

Jul. ¡Yo!.... ¡Ah señor! Vos sois mi

bienhechor, mi padre, pedidme la vida, todo lo sacrificaré gustosa por vos; pero ¡darle la mano!.... Jamas.

Mor. ¡Cómo, señora!....

Jul. Perdonad, Morazzi: yo no soy mas que una pobre huérfana, á quien la generosidad de vuestro tio se ha dignado amparar; todo lo debo á sus bondades; lo sé, y contínuamente pido al Cielo por mi bienhechor: pero si la suerte cruel me privase de mi segundo padre, aunque me viese obligada á volver sola, á pie, mendigando el sustento, á los lugares que me vieron nacer.... ¡ah! jamas seria vuestra esposa.

Mor. ¿Por qué causa?....

Jul. Preguntádselo á la ermita en que aquel soldado pedia por su madre.

Mor. *(Aparte.)* ¡Qué oigo! ¿Cómo sabrá?....

Conde. ¿Qué quieres decir con eso? Responde, Julia: yo exijo que me espliques.... *(óyese ruido)* ¿qué ruido es ese? ¿quién viene á interrumpirnos?

Jul. *(Aparte.)* ¡Yo tiemblo!

ESCENA V.

BORELLO, FRITZ, MORAZZI, EL CONDE, JULIA, CRIADOS.

Bor. *(Agarrando á Fritz por el pes-*

cuezo.) Anda, bribon.

Jul. (Aparte.) ¡Qué veo!

Fr. Yo os aseguro, señor, que no soy bribon.

Conde. ¿Qué uniforme es ese?

Jul. (Aparte.) ¡Todo se ha perdido!

Mor. Borello, ¿qué hombre es ese?

Bor. El criado de un oficial que ví esta mañana en el molino de mi hermana. Le he encontrado andando por el castillo, y le traigo aquí.

Fr. Vos sois testigo de que no he hecho la menor resistencia. *(Aparte.)* Verdad es que tiene unos puños....

Conde. Responde, miserable, y piensa que te importa la vida si me ocultas la verdad.

Fr. Señor, si os esplicais de ese modo, podeis estar seguro de que no tendré el menor deseo de mentir.

Conde. ¿Sirves tú en las tropas alemanas?

Fr. No, señor. Mi amo sirve en las tropas alemanas, y yo sirvo á mi amo.

Mor. ¿Con que tú no eres soldado?

Fr. Nada de eso, señor: ni en mi vida he querido serlo. He nacido en Praga, me llamo Pedro Fritz, serví algun tiempo en la administracion de víveres, me quitaron el destino porque me equivoqué en unas cuantas raciones, y entré á servir al capitan

Fernando, uno de los mas valientes oficiales del regimiento de Fersen.

Mor. (Aparte.) ¡Gran Dios!

Conde. ¿Qué hacias en el castillo cuando te sorprendió ese criado.

Fr. Nada malo, señor. Le estaba contando á vuestro conserge las batallas en que me he hallado, y el buen hombre se durmió escuchándome. Yo tenia hambre.... esta es una enfermedad que me ataca muy á menudo: creí encontrar otras personas que me escuchasen con tanta política como el conserge, y me pareció oportuno averiguar dónde estaba la cocina: dejé á mi amo en el cuarto del....

Mor. ¡Tu amo!

Jul. (Aparte.) ¡Desgraciado Fernando!

Conde. ¿Tu amo está tambien en el castillo?

Fr. Sí, señor; pues qué ¿no lo sabíais?

Conde. Apenas puedo contener mi indignacion. ¿Y quién os ha introducido aquí?

Fr. ¡Quién ha de ser, señor!....

Conde. Responde; quiero conocer al temerario....

Fr. En ese caso, señor, preguntad á esta señorita.

Mor. ¿Será posible?....

Conde. ¡Cómo! ¡sois vos!....

Jul. Sí, padre mio. Ese oficial estaba herido de peligro, el calor y la fatiga habian agotado sus fuerzas, y se desmayó á las puertas del castillo. ¡Queríais que lo dejase perecer cuando necesitaba tan poco para volverle á la vida! Mandé al conserge que lo llevase á su cuarto, y le prodigase todos los socorros que necesitaba. Este es mi delito. Yo conocia vuestro corazon, y no dudaba que lo aprobaseis.

Conde. ¿Y por qué me lo habeis ocultado?

Jul. Hasta este momento no he hallado ocasion....

Conde. Está bien. Morazzi, que esos dos estrangeros salgan al instante de mi casa.

Jul. ¡Qué haceis, señor!

Conde. Al instante.

Jul. Padre mio, antes de tomar tan cruel resolucion, dignaos oirme un instante, un solo instante.

Conde. ¿Qué intentais?

Jul. No me negueis esta gracia: yo os lo suplico en nombre de aquel hijo que tanto amais.

Conde. *(Despues de una pausa.)* Consiento en ello; pero no espereis inclinarme en favor de esos infames que oprimen mi patria. Dejadnos solos.

Mor. (*Aparte.*) ¡Qué le irá á decir!

Bor. Señor, ¿qué hago de este hombre?

Conde. Tenedlo á la vista, mientras yo decido de la suerte de ambos.

ESCENA VI.

EL CONDE, JULIA.

Jul. Padre mio, conozco que mi conducta debe pareceros imprudente; pero á vos solo puedo manifestar los motivos que me obligan á usarla, á vos solo puedo declarar la verdad.

Conde. Hablad, Julia.

Jul. Los sentimientos de humanidad no son los únicos que me han interesado en favor de ese jóven.

Conde. ¿Tú le conocias?

Jul. Hace mucho tiempo. Cuando yo estaba en Viena le presentaron en casa de mi madre: sus visitas eran frecuentes: yo adiviné su amor antes que él me lo declarase, y.... yo tambien le amé.

Conde. ¿Y por qué no pidió tu mano?

Jul. Lo ignoro. Un dia me escribió una carta en que me anunciaba que se veia obligado á separarse de mí, y.... no le volví á ver.

Conde. ¡Cómo! ¿sin hacerte saber los motivos?...

Jul. Yo le amaba en estremo.... juzgad cuál sería mi situacion. ¡Ah! aquello no fue mas que el preludio de las desgracias que debian caer sobre mí. ¡Un mismo dia me robó mis bienes y mi madre! me ví sola, sin parientes, sin recursos.... Vuestro hermano se compadeció de mi triste situacion: me adoptó por hija, y me condujo á Sicilia: vos presenciasteis su muerte, y á no ser por vuestra bondad....

Conde. Antes de morir te colocó en mis brazos encomendándote á mi cuidado, y yo le juré no abandonarte jamas.

Jul. ¡Juzgad ahora cuál sería mi dolor al encontrar á la puerta del castillo, cubierto el rostro con las sombras de la muerte, aquel Fernando á quien amaba tanto, á quien amo todavía, á pesar de las penas que me ha causado su inconstancia! No pude dominar los sentimientos de mi corazon: me gocé con la esperanza de conservar sus dias, y conté con la generosidad de mi padre para concederle un asilo.

Conde. ¿Y él te ha conocido?

Jul. No, señor: me separé de él antes que recobrase los sentidos.

Conde. ¿Creés tú que la esperanza de encontrarte le habrá conducido á estos sitios?

Jul. ¿Cómo he de creerlo, cuando os he dicho que me abandonó?

Conde. Si yo le permito que se quede, ¿me prometes no presentarte á su vista?

Jul. Os prometo hacer cuanto me mandeis.

Conde. ¿Será preciso que salgas del castillo?

Jul. ¡Yo abandonaros! Pues qué ¿no hay otros medios....?

Conde. ¿Cuáles?

Jul. Primero que alejarme del castillo, consentiria.... Cuando las tropas estrangeras estuvieron aqui, yo me quedé....

Conde. Poniéndote el vestido de mi esclavo Zenadin...

Jul. Pues bien; el mismo disfraz puede servirme ahora: pintándome las manos y la cara, ya sabeis que me pongo desconocida. Por este medio podré estar á vuestro lado....

Conde. ¡Y al lado del capitan! Escucha, Julia: tú has rehusado la mano de mi sobrino: yo no te obligaré á formar un enlace que repugne tu corazon: tanto deseo tu felicidad, que consentiré que seas esposa de un hombre sin bienes; pero jamas,

á lo menos mientras yo exista, pertenecerás á un enemigo de mi patria: jamas consentiré que dés el nombre de esposo á uno de esos viles que me privaron de un hermano y á tí de un protector: si conservas la esperanza de unir un dia tu suerte á la de Fernando, desde este momento debes renunciar á mi cariño.

Jul. Padre mio, ¿podeis creer...?

Conde. Júrame, pues, mirarle siempre con indiferencia: por mas que haga para justificarse á tus ojos, júrame no descubrirte á él.

Jul. Yo os lo juro.

Conde. Cuento con tu promesa: ya puede el capitan permanecer en el castillo.

Jul. ¡Oh padre mio! ¡cuánto os debo! A lo menos, Fernando, ya no temblaré por tu vida! *(Besa la mano del Conde, y parte.)*

ESCENA VII.

EL CONDE, MORAZZI, LOS ALDEANOS.

Mor. Perdonad, señor, si os interrumpo: vuestros vasallos reunidos de órden vuestra esperan que les permitais....

Conde. Que vengan: yo mismo quiero

presidir sus juegos, y animarlos con mi presencia.

Mor. ¿La señora Julia no asiste á la fiesta?

Conde. No; pero eso no debe influir en mis proyectos. Llegad, hijos mios, y que vuestros gritos de alegría lleguen á los oidos de los fugitivos que recorren nuestras montañas. *(Se sientan.)*

Baile.

ESCENA VIII.

LOS DICHOS, BORELLO.

Bor. ¡Ah, señor! ¿es verdad que habeis permitido á ese estrangero que permanezca en el castillo?

Conde. Sí; y te encargo que nada le falte en los pocos dias que debe estar aquí.

Mor. ¡Cómo! señor, ¿habeis consentido?...

Conde. No he podido resistir á las instancias de Julia.

Mor. ¡Un enemigo de la Sicilia!....

Conde. Morazzi, un herido no es ya un enemigo. Hijos mios, los sentimientos que os animan son dignos de verdaderos sicilianos, y quiero que recibais la recompensa. Seguidme;

venid á confiarme sin temor las pérdidas que habeis sufrido: yo tambien, reedificando vuestras casas, quiero celebrar la felicidad que este dia promete á la patria.

Todos. ¡Viva el señor Conde!

ESCENA IX.

BORELLO, MORAZZI.

Mor. (*Aparte.*) ¡Qué dicha haberme apoderado de aquella carta! En el regimiento de este estrangéro es donde debe servir su hijo: el Conde se hubiera informado de su huesped, y acaso una palabra hubiera bastado para destruir todas mis esperanzas.

Bor. Y bien, señor, ¿ya tenemos á ese aleman instalado en el castillo?

Mor. Mi tio lo quiere así.

Bor. O mas bien la señora Julia.

Mor. Sí, creo que ella protege á ese militar.

Bor. Una razon mas para que vos trateis de perderlo.

Mor ¿Y cómo podremos?....

Bor. Hay mil medios....

Mor. Hay mucha tropa en estas cercanías, y sería esponernos....

Bor. ¡Ba! La vida de un hombre está tan espuesta.... ¿No le hemos en-

contrado moribundo á las puertas del castillo? ¿No tiene una herida que el cansancio ha debido agravar? Que le entre calentura, y es hombre perdido.

Mor. A la verdad, nosotros no somos responsables....

Bor. No podrán decirnos la menor cosa: lo haremos con discrecion. Una comida abundante y sana, vinos esquisitos que yo mismo le serviré....

Mor. Ya te entiendo; pero antes necesito hablar á ese estrangero: quiero averiguar ciertas cosas que me interesan; y en acabando....

Bor. Cuando dispongais.

Mor. Sí: necesito verle.

Bor. Preguntadle cuántos sicilianos ha muerto.... No me engaño: él viene allí.

Mor. Guiado por Zenadin....

Bor. O mas bien por la señora Julia.

Mor. ¡Cómo! ¿Es ella?....

Bor. Sí, señor: no sé con qué objeto se ha puesto ese disfraz; pero notad cuánto interes manifiesta por ese maldito estrangero.... ¡qué tierna debe ser su conversacion!

Mor. Quiero escucharles: ve á esperarme á la galería: no tardaré.

Bor. La vista de ese uniforme basta para escitar mi furor.

Mor. Pronto te lo entregaré.

(Los dos entran en el gabinete de la izquierda. Borello se va; pero Morazzi permanece allí.)

ESCENA X.

FERNANDO, JULIA, *vestida de esclavo moro.*

Jul. Entrad aquí.

Fern. ¿No podré ver á tu amo y darle gracias por la hospitalidad que me concede?

Jul. Iré á preguntárselo. *(Acerca una silla.)* Sentaos.

Fern. *(Se sienta.)* ¿Hace mucho tiempo que sirves á este noble siciliano?

Jul. Desde que salí de mi pais.

Fern. ¿Y de qué pais eres tú?

Jul. De Túnez.

Fern. ¿Cómo estás en Sicilia?

Jul. Yo me hubiera quedado con gusto en mi patria; pero un hombre, con cuyo cariño contaba, me abandonó.

Fern. ¿Era tu padre, ó tu hermano?

Jul. Era lo uno y lo otro.... y mas aun. Era mi amigo, mi protector: habia jurado no abandonarme jamas....

Fern. ¿Y faltó á su juramento?

Jul. ¡Ah!... Sí, señor.

Fern. ¿Quién te ha traido á Europa?

Jul. El hermano de mi amo, que me vió en sus viages, y se compadeció de mí.

Fern. No estraño que se interesase en tu suerte.... Tienes un acento tan dulce, tan penetrante.... yo mismo siento un placer al escucharte....

Jul. *(Aparte.)* Ya le ha conmovido mi voz.

Fern. Acércate: mas.... mas todavía. ¿Cómo pudieron tus padres separarse de tí?

Jul. ¡Mis padres!... Los perdí siendo muy niño.

Fern. ¡Pobre jóven! Lo que acabas de contarme aumenta el interes que me inspiras; porque yo tambien soy desgraciado como tú.

Jul. ¿Sois acaso huérfano?

Fern. Jamas he tenido la dicha de abrazar á mi padre. Criado por mi madre en una aldea enmedio de montañas, debo todo lo que soy á la generosidad de un oficial que amparó mi juventud.

Jul. ¿Sois aleman?

Fern. Todo me hace creerlo así; sin embargo, mi madre era siciliana, y cuando repaso los recuerdos confusos de mi niñez, me parece que los primeros años de mi vida corrieron bajo un cielo mas dulce que el de Alemania. *(Morazzi, oculto en el*

gabinete, escucha con atencion la primera parte de esta escena. Cuando Fernando habla de su nacimiento se redobla su atencion; y al escuchar estas últimas palabras, hace un gesto terrible, y se aleja poco á poco.)

Jul. ¿Hace mucho tiempo que estais en Sicilia?

Fern. Quince dias poco mas ó menos.

Jul. Ya habreis debido conocer que los sicilianos no quieren mucho á vuestros compañeros.

Fern. Yo no he dado motivo á nadie para que me aborrezca.

Jul. No importa, el odio es muchas veces injusto.

Fern. A lo menos aquí no tengo nada que temer.

Jul. Sin embargo, un estrangero debe estar siempre con cuidado.

Fern. ¡Qué lenguage! ¿Tú piensas?...

Jul. En el corazon del siciliano mas noble hay un deseo de venganza que sofoca siempre las virtudes.

Fern. ¿Con que tú me aconsejas....

Jul. Que esteis siempre con cuidado.

Fern. Te agradezco mucho el aviso, y confio en tí.

Jul. ¡Oh! mientras yo viva nada teneis que temer.

Fern. ¿Por qué sientes tanto interes hácia mí?

Jul. Todo lo que puedo deciros es, que me moriria de pena si os sucediese la menor desgracia.

Fern. ¿Cuál es tu nombre?

Jul. Zenadin.

Fern. Pues bien, Zenadin, deja esta casa, vente conmigo, yo te llevaré á mi pais.

Jul. ¿Y qué he de hacer allí?

Fern. Aquí sin duda eres esclavo, y á mi lado serás libre.

Jul. ¡Libre!

Fern. Poseerás toda mi confianza, toda mi amistad, y no te abandonaré jamas.

Jul. ¡Ah! Asi me lo prometieron una vez.

Fern. ¿Dudas de mi palabra?

Jul. Sois muy jóven, y á vuestra edad se muda facilmente de idea.... No, no, mejor quiero quedarme aquí: mi amo me trata bien, y yo no, no parto su cariño con nadie.

Fern. Pero á mi lado....

Jul. ¡A vuestro lado!.... Un dia os casareis.... acaso lo estais ya.... vuestra esposa me tratará mal, y....

Fern. Tranquilízate, no soy casado.... *(suspira)* no me casaré jamas.

Jul. ¡Jamas!.... ¿Podeis asegurarlo?

Fern. Sí, porque me he visto obliga-

do á renunciar á la única muger que amo.

Jul. (Aparte.) ¡Qué oigo! — Vos amais....

Fern. A un ángel de hermosura y de virtud.

Jul. ¿Y ella os ha dejado?

Fern. No: yo escuché de sus labios que me amaba; pero razones muy poderosas.... el misterio de mi nacimiento.... todo me prohibia esperar su mano; y primero que hacerla partir los tormentos que despedazaban mi corazon, me resolví á abandonarla.

Jul. (Conmovida.) ¡Dios mio!

Fern. ¡Sin duda ella me habrá acusado cuando yo le sacrificaba mas que mi vida; me habrá creido infiel cuando su imágen no ha cesado un instante de ocupar mi memoria!.... ¡Querida Julia, nunca sabrás lo que me ha costado renunciar á la esperanza de ser tuyo!.... ¡Si supieras lo que he sufrido lejos de tí!.... ¿Mas qué digo?.... Que lo ignore por siempre, que me olvide, que me aborrezca si es preciso, con tal que sea feliz.

Jul. (Apoyándose en una silla.) ¡Ah! ¡No puedo resistir á tan dulces emociones!....

Fern. (Sosteniéndola.) ¿Qué tienes? ¿Te desmayas? ¿Qué te ha dado?

Jul. No es nada.

Fern. Apóyate en mí.

Jul. No.... no me toqueis.... es un vahido.... y nada mas.... ya me siento mejor.... voy á decir al señor conde que quereis verle.

Fern. Espera....

Jul. Al instante vuelvo.... Yo soy quien os ha de servir el tiempo que paseis aquí.... yo cuidaré de vos con todo mi corazon.

Fern. Zenadin.... Zenadin....

ESCENA XI.

FERNANDO *solo.*

La conducta de este jóven es singular. Le he visto turbarse muchas veces durante nuestra conversacion: algunas lágrimas se han escapado de sus ojos; y sus miradas fijas en mí parecian querer leer en el fondo de mi alma.... El sonido de su voz, sus discursos enigmáticos, su marcha precipitada.... todo se reune para escitar mi curiosidad. ¿Habrá querido acaso prevenirme que peligra mi vida? Todo me lo hace sospechar.... El misterio con que me han introducido en este castillo, el cuidado que tienen los amos de no presentarse á mi vista; y mas que todo,

el odio que anima á los sicilianos.... Sigamos los consejos de Zenadin, estemos con cuidado : mi corazon me dice que tengo en este jóven un celoso protector : observemos sus miradas , atendamos á sus menores señas , y fiémonos en él para evitar los lazos que quieran tenderme. Alguien viene.... es Fritz.... y en qué estado....

ESCENA XII.

FERNANDO, FRITZ *(algo borracho)*.

Fr. Al fin os encuentro, señor.... hace mas de una hora que os ando buscando por todo el castillo.

Fern. Miserable, ¿qué has hecho en todo este tiempo?

Fr. ¿Qué he hecho? Primeramente comer.... cosa que no me habia sucedido desde que estamos en Sicilia.

Fern. ¿Has tenido la imprudencia....

Fr. De beber bien, y de comer bien. ¡Oh! sí, señor: si esta es imprudencia, me confieso culpable.

Fern. ¿Se te ha quitado ya el miedo?

Fr. Sí, señor. En esas cabañas donde no nos daban mas que pan negro, era necesario tener prudencia; pero en casa de un gran señor, en una

casa en que todo está á pedir de boca.... seria hacer una injuria al amo del castillo.

Fer. ¡Qué se le ha de decir á un hombre que no está en su juicio!

Fr. Un hombre que tiene tan buen vino no debe tener malas intenciones.... ¡Vaya un vino! Vos tambien juzgareis de él, porque el sobrino del amo, el señor Mor.... Morlaqui ha dado órden.... á propósito.... aquí os lo viene á traer el jardinero.... tiene un famoso empleo este jardinero.... es el encargado de echar vino....

ESCENA XIII.

BORELLO, FERNANDO, FRITZ. *(Borello trae una bandeja, y en ella un frasco de cristal con vino, y una vaso.)*

Bor. Señor oficial, esto os envia mi amo.

Fern. ¿Qué es eso?

Bor. Un vino de Chipre escelente, que el noble Conde ofrece solo á las personas que mira con particular consideracion.

Fr. Pues de este vino no he bebido yo.

Fern. Yo no merezco tanta consideracion.

Bor. Perdonad, señor. Un estrangero, cualquiera que sea, cuando es nues-

tro huésped, se le trata con toda atencion.

Fern. ¿Con que le agrada al Conde ejercer la hospitalidad?

Bor. Es para él un deber y un placer al mismo tiempo. ¿Quereis que os acerque esta mesa?

Fern. Bien. *(Aparte.)* Yo conozco á este hombre.

Bor. *(Acerca un velador, en el cual pone la bandeja.)* ¿Quereis beber? Un vaso de este vino os dará fuerzas hasta la hora de comer.

Fr. *(Acercando una silla.)* Sentaos.

Fern. *(Mirando con atencion á Borello.)* ¿Vos estabais en el molino en que yo entré?

Bor. En el molino de los estanques, sí, señor; mi hermana es la molinera.

Fern. ¿Cómo estais ahora aquí?

Bor. Los criados andan ocupados, y me han encargado que os sirva. Tambien tengo otros empleos: soy comandante del segundo batallon que hay aquí.

Fr. ¿Qué es lo que decís? ¿Hay un batallon en el castillo?

Bor. Sin duda. Todos los vasallos del señor Conde se han reunido á su lado para defenderle en caso de necesidad.

Fern. ¿Y vos os batiríais por vuestro amo?

Bor. Daria mi vida por él.

Fern. Esos sentimientos son muy apreciables.

Bor. Es el padre de todos sus vasallos.

Fern. (*Tomando el vaso.*) Echadme vino.

Bor. (*Tomando el frasco.*) Con mucho gusto.

Fr. (*Aparte á Borello.*) ¿Lo probaré yo luego? ¿no es verdad?

Bor. Tambien.

Fern. (*Levantando el vaso.*) A la salud de vuestro amo.

ESCENA XIV.

BORELLO, JULIA, FRITZ, FERNANDO.

(*Julia entra precipitada, trae una salvilla de porcelana con un bizcocho: la salvilla se le cae, y se rompe: Julia da un grito: Fernando deja sobre la mesa el vaso que ya acercaba á sus labios.*)

Jul. ¡Ay!

Bor. ¿Qué es eso?

Fern. ¡Zenadin!

Fr. ¡Ay qué figura!

Bor. (*Aparte.*) ¡La señorita!.... ¿Qué querrá?

Jul. ¡Qué torpe soy!

Fern. ¿Has visto al Conde?

Jul. No he podido, señor. *(Con intencion.)* He tenido cuidados mas importantes. Vengo de parte del señor Morazzi....

Bor. (Aparte.) ¡Del señor Morazzi!

Jul. A traeros este vizcocho; y como he roto la salvilla, no sé como os lo he de ofrecer.

Bor. Será preciso que vayas por otro.

Jul. Es el caso.... que....

Fern. Es inútil, no tengo gana.

Jul. No, señor, es preciso que lo probeis.... despues os parecerá mejor el vino.

Fern. (Mirándola.) ¿De veras?

Bor. (Aparte.) ¡Qué contratiempo!

Fern. Vaya, dame el vizcocho.

Jul. Señor, ¡con la mano!

Fern. No importa.

Bor. (Aparte.) Por fortuna no sabe....

Jul. (Sacando un papel de su faja.) En este papel....

Fern. Bien: los militares no gastan cumplimientos.

Jul. (Pone el bizcocho encima del papel, y se lo presenta.) Tomad, señor.... ¿Qué haceis? Volvedme el papel.

Fern. Pues qué ¿tiene algo de particular?

Jul. Sí, señor, para el que sabe leerlo.

Bor. (Aparte.) ¡Qué impaciencia me causa!

Fern. ¿Y tú sabes leer?

Jul. El italiano solamente.

Fern. ¿Y en este papel....

Jul. Son, segun creo, unos caracteres griegos; yo no puedo entenderlos. Mira, Borello.

Bor. Yo tampoco los entiendo.

Fr. (Alargando la mano.) A ver.

Jul. (Dándole en la mano.) Despues de tu amo.

Fr. ¡Ay qué bruto!

Fern. (Aparte.) ¡Qué veo! ¡Está en aleman! *(Leyendo.)* «Hacedle beber primero.»

Bor. Señor, ¿no bebeis?

Fr. No dejeis evaporar el vino.

Fern. (á Borello.) Vaya, amigo, toma este vaso, y dame el ejemplo.

Bor. ¡Yo!

Fern. Este es el uso en mi pais.

Bor. ¡He de beber en vuestro vaso!

Fern. Yo te le permito.

Bor. No me atrevo....

Fern. Yo te lo mando.

Bor. No beberé.

Jul. (Aparte.) ¡Mónstruos! Mis sospechas eran fundadas.

Fern. ¡Infame! Este vino está envenenado.

Fr. ¡Envenenado! ¡Ay Dios mio! ¡Y yo que me he bebido dos botellas!

Fern. Confiesa tu crimen.

Bor. Pues bien, yo queria tu muerte, y no te has de escapar. Eres un enemigo de mi patria, y has de morir.

Fern. ¡Miserable!

Bor. Compañeros....

Jul. Borello, ¿qué haceis?

Fr. *(Corriendo hácia Borello.)* ¡Asesinar á mi amo! *(Borello le derriba en tierra de un bofeton: salen dos hombres armados de puñales: los tres quieren arrojarse sobre Fernando, que está sin armas; pero Julia lo cubre con su cuerpo, dando voces.)*

Jul. y *Fr.* ¡Socorro! ¡socorro!

ESCENA XV.

LOS DICHOS, EL CONDE, MORAZZI, CRIADOS, ALDEANOS.

Conde. ¿Qué gritos son estos?.... ¿Qué sucede?

Jul. ¡Ah! ¡Salvadle del furor de los asesinos!

Conde. Detente, Borello. ¿Quién te ha mandado?....

Bor. Es un aleman.

Conde. Ya no es mi enemigo desde que es mi huesped: su vida es sagrada para mí, y si la viese amenazada, mi honor exigiria que fue-

se el primero á defenderla.

Jul. *(Besándole la mano.)* *(Aparte.)* ¡Ah, padre mio!

Fern. Señor....

Conde. Echad de aquí á ese miserable, y que jamas tenga la audacia de presentarse á mi vista.

Fr. Es poco echarle, señor, mandad que lo ahorquen.

Conde. *(A Fernando.)* Nada temais, señor oficial: el conde de Torrelli responde de vuestra vida.

Mor. *(Aparte.)* ¡Todo se ha perdido!

FIN DEL ACTO II.

ACTO TERCERO.

El teatro representa lo interior de un pabellon gótico muy pequeño: en el fondo habrá una cama con colgaduras; á la izquierda una ventana con las persianas echadas; á la derecha la puerta. Las paredes estan cubiertas de tapices antiguos. Hay una mesa, una silla y un taburete; una gran cartera con dibujos sobre la silla; una guitarra colgada á un lado de la cama, y debajo una harpa.

ESCENA I.

FRITZ *solo.* *(Entra con una maleta.)*

«Anda, amigo mio, me ha dicho ese señor; lleva la maleta de tu amo á la habitacion que se le ha destinado, allá abajo, en el pabellon que ves desde aquí, á lo último del jardin.» ¡Con que este es nuestro alojamiento!.... Pues no han gastado mucho en amueblarlo. Por mas que miro, no veo mas que una cama.... y nada para mí. Ya se ve, yo no necesito

cama; desde que estoy en este maldito pais no puedo pegar los ojos, y me parece que despues de lo que nos acaba de suceder á mi amo y á mí, no voy á atreverme á beber ni á comer.... No se me puede quitar de la cabeza que habia veneno en el vino que me hicieron beber. Pero, señor, ¿es posible que haya hombres tan malos que se atrevan á envenenar un vino tan bueno? Por mas que mi amo quiere tranquilizarme, yo siento de cuando en cuando unos dolorcillos.... ¡qué demonio de pais!.... ¡Calle! se me olvidó cerrar la maleta cuando saqué el lienzo para curar á mi amo.... Que el diablo me lleve si no he perdido la cabeza.... Por fortuna, ese Conde no es tan malo como los demas, y ha echado al instante de su casa al bribon del jardinero. Mucho me consuela el no ver mas aquella cara de.... *(Mientras dice esto se pone de rodillas para cerrar la maleta: la puerta se abre, y aparece Borello.)*

ESCENA II.

BORELLO, FRITZ.

Fr. ¡Ay Dios mio! ¡ya le tenemos aquí! *(Aparte.)*

Bor. ¿Qué haces aquí tú?

Fr. Señor Borello, he venido.... ya sabeis.... me ha mandado el señor Morazzi.... ¿no sabeis que vamos á alojarnos en este pabellon?

Bor. Bien. *(Aparte.)* Pensé no encontrarle aquí.

Fr. Tampoco yo esperaba, señor jardinero, tener el gusto.... me pareció que vuestro amo os habia echa.... es decir, que os habiais separado del castillo.

Bor. Mi amo es demasiado bueno para despedir á un antiguo criado que hace veinte años sirve á su familia. Dijo aquello en un momento de cólera; pero estoy seguro de que ahora está arrepentido.

Fr. *(Aparte.)* ¡Malo! —Os doy la enhorabuena, señor Borello.

Bor. Aquí estareis muy bien.

Fr. No muy anchos.

Bor. ¿Teneis que recibir visitas?

Fr. Por fortuna no, señor, porque no hay mas que una silla.

Bor. Se traerá lo que os haga falta.

Fr. Parece que este cuarto no ha sido muy habitado.

Bor. Jamas. Solo la señorita viene algunas veces á dibujar y estudiar la música.

Fr. ¡Ah! Aquella señorita tan guapa.... Desde que llegamos no la he vuelto á ver.

Bor. Es que.... no está ya en el castillo.

Fr. Es lástima, porque aquí no venia mal una cara tan guapa.... no es decir que la vuestra....

Bor. Este era en otro tiempo el pabellon de los baños del señor Conde; pero le ha parecido que estaba muy lejos del castillo; ha hecho construir otros, y ya no se sirve de estos.

Fr. ¡Calle! ¿Y dónde se bañaba? Yo no veo....

Bor. Aquí abajo. ¿No habeis visto la entrada de una gruta?

Fr. Sí, una especie de caverna....por señas que no me gustó mucho un ruido que se oye al pasar....

Bor. Es una cascada, que despues de llenar los baños va á perderse en los estanques del molino.

Fr. Todo eso es muy bueno; pero yo soy de la opinion del señor Conde: este pabellon está muy lejos del castillo.

Bor. Aquí estará vuestro amo mas tranquilo.

Fr. Y si nos sucediera algo, y diésemos voces, ¿nos oirian?

Bor. Creo que no.

Fr. *(Aparte.)* Malo.—En ese caso creo que me quedaré allá con vos.... Tengo algunas cosas que hacer, y si me permitís....

Bor. Como gusteis.

Fr. (*Aparte.*) ¡Ay Dios mio! Quisiera estar cien leguas de aquí. (*Al irse sale Morazzi: Fritz lo saluda, y se va. Morazzi lo sigue con la vista, y cierra la puerta.*

ESCENA III.

MORAZZI, BORELLO.

Mor. Imprudente, ¡si le dice á su amo que te ha visto aquí!....

Bor. Yo le he engañado: le he hecho creer que he vuelto á la casa.

Mor. Por desgracia no hay nada de eso, y si mi tio supiera que estabas aquí.... Nunca le he visto tan furioso. Cuando me acuerdo del odio con que mira á los alemanes, me asombra el ver las atenciones que ha usado con este durante la comida.

Bor. Sin duda teme comprometerse; pero nosotros le vengaremos sin que él corra peligro, y despues nos lo agradecerá.

Mor. Lo dudo.

Bor. Pues bien, lo haremos sin que él sepa nada.

Mor. Eso será lo mejor. Parece que ese estrangero lo ha hechizado, y casi, casi seria mejor que renunciásemos....

Bor. ¿Qué decis? Nuestro proyecto es seguro. Vuestro tio, segun costumbre, se encerrará en su cuarto á dormir la siesta. El capitan es natural que haga lo mismo. La fatiga, la herida, el escesivo calor á que no está acostumbrado, le obligarán á buscar el sueño, y cuando se cierren sus ojos, yo os prometo que no volverá á levantarse.

Mor. Pero su criado....

Bor. Tendremos cuidado de detenerlo en el castillo, sin perjuicio de decidir despues lo que se ha de hacer con él. En cuanto á su amo, supondremos que temiendo por su vida se ha marchado sin decir nada. Y como, gracias al torrente, no quedará ninguna señal, se verán obligados á creernos.

Mor. Mientras mas se acerca el instante, mas se aumentan mis temores.

Bor. ¡Qué invencion tan singular la de esta máquina! Me han dicho que la mandó construir el padre del Conde actual.

Mor. Sí, y hay pocos que sepan el secreto.

Bor. Será necesario quitar de enmedio los efectos del capitan: yo me encargo de ello.

Mor. *(Aparte.)* Podrá ser acaso este

capitan el hijo del Conde.... No tengo ninguna prueba....

Bor. (Levantando la maleta.) No pesa mucho. Una ojeada bastará para hacer el inventario. Justamente está abierta. *(La registra.)*

Mor. (Aparte.) Va á salir de Sicilia, como todos sus compañeros. ¡Si le dejo vivo, y es él!....

Bor. Unas vendas, un uniforme, pólvora.... todo esto no vale nada.... ¡qué veo! ¡Una cadena de oro y un medallon....

Mor. A ver. *(La toma, y examina mientras Borello sigue registrando.)* ¡Una cifra! *(Vuelve el medallon, y lee.)* «Para siempre de María Roberti.» ¡María! ¡Es el nombre de su madre! ¡Todo lo he descubierto!.... No me habia engañado: él es.... ¡Ah! no hay remedio: es preciso que muera. Pongamos en su lugar este medallon; despues sabré aprovecharme de él.... ¡Alguien viene!.... ¡Borello!.... *(Guarda en el pecho el medallon: Borello cierra la maleta.)*

ESCENA IV.

JULIA, MORAZZI, BORELLO.

Jul. (Siempre con el trage de moro,

dice al entrar.) ¡Los dos aquí!

Mor. ¡Sois vos, Julia! ¿Qué quereis?

Jul. Mi presencia no debe sorprenderos: ¿no es aquí donde vengo á dibujar y á estudiar la música?

Mor. ¿Pero no sabeis que el capitan va á ocupar este pabellon?

Jul. ¿El capitan?.... No lo sabia. ¿Y por qué habeis escogido este sitio? ¿No hay en el castillo otras habitaciones mejores que esta?.... ¿Lo sabe el Conde?

Mor. ¿Vos lo dudais?

Jul. ¿Y lo aprueba? *(Borello, durante esta escena, va de la ventana á la cama, examina, y se marcha con disimulo.)*

Mor. No queremos vivir bájo el mismo techo que un enemigo de la Sicilia.

Jul. ¡Cuánto lo siento! Tenia una vista empezada.

Mor. Podeis acabarla mañana.... ó pasado mañana.... tiempo hay.

Jul. No puede ser: se la he prometido á vuestro tio para esta tarde.

Mor. Podeis subir á acabarla arriba.

Jul. ¿En la pieza donde está el relox?

Mor. Sin duda: la vista es absolutamente la misma.

Jul. Pero si alojais aquí al capitan, su criado ocupará el piso superior.

Mor. No, el criado se queda en el castillo.

Jul. *(Aparte.)* ¡Ah! no me cabe duda: meditan algun nuevo crimen.

Mor. Quereis que Borello os suba la cartera?

Jul. No: mejor será.... pero ¿cómo es que Borello está aquí todavía. Si el Conde lo llega á saber....

Mor. Tiene esperanzas de que lo perdone: yo le he prometido hablar en favor suyo. Borello.... ¿Dónde se ha marchado?.... Borello....

Jul. No lo incomodeis por mí. El capitan no vendrá tan pronto.

Mor. Cuando yo le vaya á buscar.

Jul. Me queda poco que hacer; y si me dierais tiempo....

Mor. Cuidad de que ese estrangero no os encuentre aquí: esta clase de trabajo no es propia del papel que representais; y era facil que sospechase....

Jul. No, no necesito mas que un instante.

Bor. *(Aparece á la puerta.)* Señor, ¿me habeis llamado?

Mor. Sí, quédate: la señorita puede necesitarte. *(Se acerca á Borello para hablarle en secreto.)*

Jul. *(Aparte.)* Es preciso impedir que le prevenga contra mí.—Borello, abre esta persiana. *(Borello duda,*

y mira á Morazzi.) Vamos, pronto, no hay que perder tiempo. *(Lo coge del brazo, y lo hace pasar delante; de modo, que ella se coloque entre los dos: Morazzi, viendo que no puede hablar á Borello, se va.)*

ESCENA V.

JULIA, BORELLO.

Jul. (Aparte.) (Mientras Borello abre las persianas.) Fernando es perdido.... Yo sola puedo salvarle, y no sé los peligros que le cercan. El crimen es cierto, y no sé cómo prevenirlo.

Bor. Señora, ya está.

Jul. Bien, gracias. *(Toma la cartera.)* Quiero darme prisa, antes que llegue vuestro prisionero.

Bor. (Sorprendido.) ¡Nuestro prisionero!

Jul. La idea de que iba á verlo por la última vez, podria causarme alguna turbacion, y no quisiera que sospechase....

Bor. (Aparte.) ¿Es posible que sepa?....

Jul. Y es necesario que no malicie....

Bor. Pues.

Jul. ¿No es verdad?

Bor. Por supuesto.

Jul. (*Mostrándole un dibujo.*) Ya ves: está casi acabado.

Bor. Está muy bonito.

Jul. Es el punto de vista que se descubre desde esta ventana.

Bor. ¡Es verdad!.... Y nada habeis olvidado.... hasta el molino de Juana está en este lado.

Jul. Vamos á continuar (*Se sienta delante de la ventana, pone la cartera sobre las rodillas, y los pies sobre el taburete; toma el lápiz, y se pone á dibujar con atencion.*) (*Aparte.*) ¡Cómo conseguiria arrancarle el secreto!

Bor. (*Aparte.*) No es posible que el señor Morazzi se lo haya confiado.

Jul. (*Dibujando.*) ¿Sabes que no será muy fácil sorprender á ese estrangero? (*Borello la mira sin responder.*) Él está con cuidado, principalmente desde el lance de esta mañana. ¡Qué imprudencia la vuestra! ¡quererle matar de dia, y enmedio del castillo! Aquí á lo menos es mas seguro.

Bor. Pero, señora, ¿por qué pensais que....

Jul. ¿Qué?....

Bor. Qué.... ese capitan....

Jul. Vamos.... qué ese capitan.... acaba....

Bor. Vos pensais que todavía quere-

mos atentar á su vida.

Jul. ¿Y me engaño?

Bor. Os aseguro que....

Jul. Pobre Borello.... Tú piensas que no sé lo que hay: no es sin falta de misterio haber escogido este pabellon.

Bor. (*Aparte*) ¡Qué es lo que dice!

Jul. Habia en el castillo otras habitaciones cien veces mas cómodas que esta; pero en ninguna parte podia encontrarse lo que hay aquí.

Bor. (*Aparte.*) No sé qué pensar....

Jul. Apostaria á que esta es idea de Morazzi.

Bor. Pero, señora....

Jul. El capitan no puede menos de caer en el lazo.

Bor. (*Aparte.*) ¡Qué diablos de aventura! Es preciso que sepa....

Jul. Confiesa que es una buena invencion.

Bor. Con que segun eso ¿sabeis el secreto?

Jul. ¡El secreto! ¿Cómo lo habia de ignorar?

Bor. Ya estoy: el señor Conde os habrá hablado de él.

Jul. (*Aparte.*) ¡El Conde!.... ¿Es posible que lo sepa?....

Bor. A ver como os lo ha esplicado.

Jul. (*Duda, recorre con la vista el*

cuarto, y se fija en la cama.) Mira.... allí es....

Bor. ¡Allí!

Jul. Mientras esté durmiendo....

Bor. Señora, cuidado con que digais una palabra.

Jul. ¿No soy yo siciliana?

Bor. Sin embargo, esta mañana....

Jul. Mi sexo, mi edad me sirven de disculpa: la idea de un asesinato tiene algo de horrible.... por eso no quiero volverle á ver. Cuando pienso que no tiene un solo medio de escapar á vuestra venganza....

Bor. Ninguno.

Jul. Aunque cierre la puerta....

Bor. Ya sabeis que eso no le servirá de nada.

Jul. La ventana....

Bor. Puede atrancarla si gusta.

Jul. Por mas que examine el techo.

Bor. Cuanto quiera.

Jul. Lo que es en el suelo....

Bor. Yo le aseguro que no verá nada.

Jul. (*Aparte.*) ¡Terrible incertidumbre!

Bor. Es preciso saber que existe el secreto para notar algo.

Jul. ¿En el piso?.... (*Aparte.*) ¡Dios mio! ¿cómo podré avisarle?....

Bor. (*Llegándose á la cama.*) Las rendijas estan tan disimuladas....

Jul. (*Aparte.*) Si pudiera por medio

de un dibujo.... Veamos. (*Esconde un papel debajo del paiságe*, *y levantando este por una esquina*, *dibuja los objetos á medida que Borello habla.*)

Bor. Ademas, como la cama está encima....

Jul. (*Dibujando.*) (*Aparte.*) ¡La cama!

Bor. Cubre enteramente la trampa.

Jul. (*Dibuja.*) ¡Una trampa!

Bor. A la hora convenida, la cama se hundirá....

Jul. (*Ap.*) ¿Si lo entenderá bien....

Bor. Yo estaré abajo....

Jul. (*Se vuelve á mirarlo.*) ¿Abajo?

Bor. Sí, en la gruta.

Jul. (*Dibujando.*) ¡Una gruta!

Bor. Y cuando caiga....entonces yo....

Jul. (*Aparte.*) ¡Gran Dios!

Bor. (*Se acerca á ver el dibujo.*) ¿Habeis acabado?

Jul. (*Tapando el papel.*) Poco falta. (*Dan las dos.*)

Bor. ¡Ya son las dos!

Jul. ¡Oh! todavía tenemos tiempo.

Bor. No mucho.... Una hora.

Jul. (*Aparte.*) ¡Con que es á las tres!

Bor. (*Yendo á abrir la puerta.*) Ya no puede tardar.

Jul. (*Dibujando.*) (*Aparte.*) ¿Si lo entenderá?

Bor. No quisiera que me viese des-

pues de lo que pasó esta mañana.

Jul. Sí: tu presencia podria darle que sospechar.

Bor. Allí viene.

Jul. *(Cerrando la cartera.)* Dejemos esto.

Bor. El señor Morazzi viene con él: yo me voy.

Jul. Sube mi harpa.

Bor. ¿Al cuarto de arriba?

Jul. Sí.

Bor. ¿Y vos?

Jul. Ya te sigo.

Bor. No tardeis. *(Vase con el harpa.)*

ESCENA VI.

JULIA *sola.*

¡Mónstruos....! Hé aqui la suerte que le preparan.... pero este dibujo.... ¿dónde lo pondré de modo que lo vea?... aqui. *(Lo pone sobre la cama.)* Y encima la guitarra: bien. Voy corriendo á echarme á los pies del Conde.... Pero.... ¿y si no llego á tiempo?... No: no quiero apartarme de este pabellon.... Desde arriba estaré con cuidado, y acaso podré avisarle.... Ya llegan.... ¡Dios de bondad, protege al desgraciado Fernando!

ESCENA VII.

FRITZ, MORAZZI, FERNANDO, JULIA.

Mor. Señor Capitan, aquí teneis vuestro alojamiento.

(A Julia.) ¿Todavía estais aquí?

Jul. Señor, iba....

Fern. No le riñais: os advierto que es mi protegido.

Mor. Siento tener que alojaros tan lejos del castillo: es muy incómodo tener que atravesar el jardin con este calor.

Fern. Nada de eso: este alojamiento me gusta mucho: soy amigo de la soledad.

Mor. Aquí podreis descansar con toda seguridad.

Jul. (Aparte.) ¡Infame!

Fern. Lo creo así: la noble conducta del Conde ha disipado todos mis temores. *(En este momento sus ojos se encuentran con los de Julia, la cual con una mirada procura escitar su desconfianza. Fernando muda de tono.)* Ademas, tengo armas. *(Saca dos pistolas y las pone sobre la mesa.)* Mis pistolas tienen doble carga.

Mor. Es una escelente precaucion. Zenadin, acerca esa mesa á la cama, á

fin de que el señor oficial tenga á la mano sus armas.

Jul. (Aparte.) ¡Qué perfidia!

Mor. Así está bien. Quita de ahí esa guitarra.

Jul. (Aparte.) ¡Gran Dios! *(Bajo á Fritz.)* Dile que te la deje.

Fr. ¿Qué es eso?

Mor. (A Julia.) ¿No has oido?

Jul. Sí, señor.... voy....

Fr. Señor Morazzi, quisiera que me la dejárais: yo no la toco mal; y sin alabarme, estoy seguro de que haré dormir á mi amo.

Fern. ¡Qué estás diciendo! *(Una mirada de Julia lo detiene.)*

Mor. ¿Y está en buen estado? ¿No le falta nada? *(Se adelanta hácia la cama.)*

Julia. (Le presenta la guitarra, cubriendo con su cuerpo el sitio en que está el dibujo.) Miradlo.

Fern. (Aparte.) ¡Hay en todo esto un misterio!...

Mor. Está bien. *(Le vuelve la guitarra á Julia, y esta la pone donde estaba.)* Señor Capitan, no quiero retardaros el momento de descansar.

Fern. Bastante lo necesito. Solo siento que no hayais alojado conmigo al criado: acaso podré necesitarlo.....

Mor. Ya haremos de modo que se le

coloque por aquí.... yo haré que nada os falte.

Fr. (*Aparte.*) Entretanto no me separo de mi amo.

Mor. (*A Fritz.*) Venid conmigo.

Fr. Al instante voy.

Jul. (*Aparte á Morazzi.*) Me falta un poco que trabajar: me voy arriba.

Mor. Bien. (*Aparte.*) No la dejaré salir hasta que él haya muerto.

ESCENA VIII.

FRITZ, FERNANDO.

Fr. Ya se han marchado. Cuidado, señor: despues de haber escapado del veneno, puede ser que no escapemos del puñal.

Fern. ¿Por qué son esos temores?

Fr. ¿No habeis visto cómo ese morillo hablaba en secreto con el señor Morazzi?.... Los dos conspiran contra nosotros, estoy seguro.

Fern. Te engañas: al contrario, ese jóven parecia quererme prevenir....

Fr. Por eso me dijo al oido que pidiese la guitarra..... ¿Para qué nos sirve la guitarra?

Fern. No concibo que corramos aquí peligro: esta puerta se cierra bien: tiene buenas barras....

Fr. Señor, he oido decir que en los

castillos antiguos suele haber puertas secretas debajo de los tapices.

Fern. Podemos verlo. *(Da golpes en la pared.)*

Fr. *(Sin moverse.)* Mirad bien, señor.

Fern. No hay nada.

Fr. Señor.... ¿y si hubiese asesinos debajo de la cama?

Fern. Anda : da un vistazo.

Fr. ¡Yo! cuando se tiene miedo no se ve bien.... pero ya que os empeñais.... haré la prueba. *(Se arrodilla, levanta la colcha y mira.)* No hay nadie.

Fern. Yo creo que encerrándome bien... ademas, enmedio del dia, cómo se han de atrever....

Fr. Sí, pero vendrá la noche....

Fern. No es malo tomar alguna precaucion. ¿Has visto el monasterio que está en la montaña á algunas millas de aquí? Allí hay un hospital, que sin duda estará protegido por algun destacamento. Procura salirte del castillo, y dile de mi parte al comandante que me envie algunos soldados.

Fr. ¡Yo abandonaros en tan eminente peligro! ¡Ah, señor! ¡Mal conoceis á Fritz, si le creeis capaz de semejante villanía! No, señor, yo me quedo á vuestro lado para defenderos, para....

Fern. Quedarte á mi lado sería manifestarles que tenemos miedo. Marcha, y vence por esta vez tu cobardía.

Fr. Soy cobarde, no lo niego. ¡Ojalá que todos los hombres lo fuesen! Así no habria guerras ni desastres. Señor, el valor es el orígen de todas las desgracias.

Fern. Dentro de dos horas, lo mas, puedes estar de vuelta.

Fr. Pero en dos horas se puede morir mil veces.... ¿Y si no vuelvo?.... Si cuando vos griteis «Fritz: ¿dónde está Fritz?.... ¿dónde está el valiente Fritz?...» El eco de la montaña os responde que el diablo se ha llevado al valiente Fritz?

Fern. Pues bien: quédate con tu miedo. Vete de aquí, y deja que nos asesinen cuando nuestra salvacion está en tu mano.

Fr. Basta, señor.... no mas.... obedezco. Si es este el último dia de mi vida, os suplico que digais á mi pobre madre que he muerto como un héroe; pero que no ha sido por culpa mia, sino contra toda mi voluntad.

ESCENA IX.

FERNANDO *solo.*

Ya estoy mas tranquilo: veo que Zenadin ha querido prevenirme contra los peligros de la noche. ¡Jóven virtuoso! ¡cómo podré pagarte tu generosidad! ¡El interes que me manifiesta ha hecho la mas viva impresion en mi alma.... (*Oyense golpes en la pieza superior.*) ¡Qué oigo!.... ¿De dónde viene este ruido?.... Parece que quieren forzar una puerta.... Los golpes suenan precisamente encima de mí. (*Despues de haber escuchado.*) Ya han cesado.... Esto no debe inspirarme ninguna inquietud.... Echemos estas barras.... descansemos un poco.... necesito dormir algunas horas. (*Abre las cortinas y quita la guitarra.*) ¡qué veo!... ¡un dibujo!... ¿Qué significa esto?... La hoja está dividida por una línea horizontal.... En la parte superior hay una cama.... semejante á esta; y debajo de la línea, precisamente debajo de la cama, un hombre bosquejado con un puñal en la mano.... ¡Gran Dios! si este piso se abrirá.... y cuando yo esté sumergido en el sueño....

¡Todo lo veo...! ¡Ah, Zenadin! Tú eres el que defiendes mi vida! *(Mirando el dibujo.)* ¡Ah! junto á la cama hay un relox.... no lo veo aquí.... El minutero apunta las tres.... ¡este es el instante señalado para mi muerte!... ¿Qué haré?... ¿Salir de aquí?... Sin duda me observan, y no podré escapar á los asesinos que me aguardan. El ruido que oí hace poco.... estan cerca de mí.... ¿dónde da esta ventana?.... *(Mira por la ventana, y se retira.)* No me engañaba, allí está Morazzi.... se oculta detras de los árboles.... ¡Miserable!... Me ocurre una idea. *(Se asoma á la ventana, y llama.)* Señor Morazzi, ¿quereis tener la bondad de entrar un instante?... ¿No podeis?... entonces saldré yo.... así le hago la forzosa.... ya viene. El vil teme que yo escape á la muerte.... pero si he de morir, al menos moriré vengado. Aquí está ya el cobarde asesino.... Disimulemos. *(Guarda el dibujo debajo de la colcha, y abre la puerta.)*

ESCENA X.

MORAZZI, FERNANDO.

Mor. Aqui me teneis, señor capitan:

¿en qué puedo serviros?

Fern. Entrad, señor Morazzi. Aunque estoy muy fatigado no he podido tomar el sueño; y habiéndoos visto desde esa ventana, me he tomado la libertad de suplicaros que me hagais un rato de compañía.

Mor. Es un placer y un honor para mí. Solo siento no poder estar el tiempo que quisiera; me llaman negocios muy importantes....

Fern. No abusaré de vuestra condescendencia. Perdonad si os trato con esta franqueza: las atenciones que me prodigais me autorizan á usarla. A la verdad, debo bendecir la suerte por haberme conducido á este castillo. Los sicilianos nos miran con un odio implacable: por todas partes mis pobres compatriotas son asesinados sin piedad.... Se emplean los medios mas infames para saciar esa horrible sed de venganza. Yo tambien podia haber perecido, y por eso me felicito de haber encontrado sugetos tan francos, tan generosos como el conde de Torrelli y su sobrino.

Mor. Las leyes de la hospitalidad son sagradas para nosotros. Es un deber....

Fern. Semejante conducta es á la vez honrosa y prudente; porque ya sa-

beis que los escesos cometidos por los sicilianos tienen terribles represalias. Yo, por ejemplo, supongamos que vengo á pedir asilo á uno de esos hombres fanáticos que creen servir á su patria asesinando á un enemigo indefenso: yo me fio de su honor, y nada le es mas fácil que quitarme la vida.

Mor. (Aparte.) Si sospechará....

Fern. Pero yo tengo amigos que no tardarian en vengar mi muerte; y asi es como se aumentan los desastres de la guerra. ¿No es bastante la sangre que nos vemos obligados á derramar en los campos de batalla? Al menos seamos humanos mientras nuestro deber nos lo permita.

Mor. Soy enteramente de vuestra opinion.... pero perdonadme....

Fern. ¡Cómo! ¿ya me dejais?

Mor. Ya os he dicho que estoy de prisa.... se hace tarde....

Fern. No: serán las dos y media, lo mas.

Mor. (Mirando su relox.) Es verdad.

Fern. Quedaos un poco mas, hacedme ese favor. Me sentaré con vuestro permiso. *(Se sienta en la cama.)*

Mor. (Aparte.) Aun puedo quedarme: falta media hora.

Fern. Sentaos aquí conmigo.

Mor. ¡Cómo! ¿sobre la cama?

Fern. Es el mejor asiento que podemos elegir.

Mor. Estoy mejor de pie.

Fern. ¡Oh! no lo permitiré. Vamos, mi querido Morazzi.... Sin ceremonias.

Mor. Si es empeño....

Fern. Sí, y os advierto que soy muy testarudo.

Mor. *(Aparte.)* Me sentaré, no sea que sospeche.

Fern. Vamos....

Mor. Ya me siento; pero os advierto que no puedo estar mas que un cuarto de hora.

Fern. Un cuarto de hora: bien.

Mor. *(Quita la guitarra, y se sienta.)* *(Aparte.)* ¡Qué diablos de capricho!

Fern. ¡Ah! ¿vos tocais la guitarra?

Mor. Sí, pero muy poco.

Fern. Si tuvieseis la bondad de cantar alguna cosa....

Mor. No sé cantar.

Fern. Pues á lo menos tocad algo.

Mor. Ved que mis ocupaciones....

Fern. Tiempo teneis: bueno es un rato de distraccion.... ¡La vida es tan corta!... ¡Quién puede contar con el tiempo venidero!... Vamos, ya os escucho. *(Cuando Morazzi va á tocar, se oye sonar una harpa en el piso superior.)*

Mor. *(Aparte.)* ¡Gran Dios!

Fern. ¿Qué es eso que suena?

Mor. Esto podria interrumpirnos: voy á hacer que callen....

Fern. (*Deteniéndole.*) No: tengo curiosidad de saber qué es eso, esperad.

Mor. Sin embargo....

Fern. Silencio.... ya empiezan.

Jul. (*Arriba.*) «Descuidado caballero
«que este castillo habitais,
«de vuestro huésped villano
«la oculta saña temblad.
«Ese lecho es vuestra tumba,
«caballero, despertad:
«velad, velad.»

Mor. (*Aparte levantándose*) ¡Estoy vendido!

Fern. (*Tomando sus pistolas.*) No te muevas de ahí.

Mor. ¡Cómo!.... señor oficial....

Fern. Oigamos lo que sigue.

Jul.—«Alevosa muerte os guarda
«si los párpados cerrais,
«pues debajo de ese lecho
«el horrendo abismo está.
«Ese lecho es vuestra tumba,
«caballero, despertad;
«velad, velad.»—(*El relox dá las tres.*)

Mor. ¡Ah!.... ¡las tres!....

Fern. (*Le arroja sobre la cama: la*

cama se hunde.) ¡Quieto ahí!

Mor. ¡Borello!.... ¡soy yo!.... (*Morazzi desaparece. Oyese ruido de forzar una puerta: aparece Julia precipitada.)*

ESCENA XI.

FERNANDO, JULIA.

Jul. ¡Se ha salvado!....

Fern. ¡Zenadiu!

Jul. Yo he sido.... yo he adelantado el relox.... ¡huye!.... huye!....

Fern. ¡Eres tú!....

Jul. (*Empujándole hácia la puerta.*) Huye, ó pierdes la vida. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Dios mio! ¡guiad sus pasos!

FIN DEL ACTO III.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un sitio pintoresco. En el proscenio hay un gran arco de piedra algo carcomido. A la izquierda la parte esterior del molino, donde pasó el primer acto: un puentecillo conduce desde el suelo al molino; la rueda da vueltas. A la derecha hay una casilla construida sobre pilastras, de la cual baja á la escena una escalera. En el fondo hay varias cascadas que nacen de los estanques superiores, y caen en el estanque donde está construido el molino, en el cual se ven nadar gansos y patos. Son las cinco de la tarde: el sol va á ponerse.

ESCENA I.

BORELLO, JUANA.

Bor. (*Baja precipitado por la escalera de la derecha.*) Juana.... Juana....

Juana. (*Saliendo del molino.*) ¿Qué es eso?.... ¡Ah! ¿eres tú, Borello?

Bor. ¡Ay hermana!

Juana. ¿Qué tienes?.... ¡Qué turbacion!.... ¡qué desórden!.... me tienes asustada.

Bor. ¡Desgraciados de nosotros! Todo se ha perdido.

Juana. Alguna desgracia....

Bor. ¡Horrorosa!.... El castillo.... los enemigos.... el señor Morazzi.

Juana. ¿Qué?

Bor. Ha muerto.

Juana. ¡Ha muerto!

Bor. ¡En mis brazos!.... por ese oficial....

Juana. ¿El que yo envié al castillo?

Bor. El mismo.

Juana. ¡Desgraciada, qué he hecho!.... Y el señor Conde y la señorita!.... ¿Qué es de ellos?

Bor. Lo ignoro. Despues de aquel horrible suceso, huí del castillo, y á pocos pasos encontré un destacamento de soldados alemanes, conducidos por el criado del capitan: yo me tendí á lo largo entre unas zarzas, y los oí hablar de su horrible proyecto.

Juana. ¡Dios mio! ¿y qué decian?

Bor. Iban á apoderarse del castillo, á prender al señor Conde, y llevarlo al cuartel general.

Juana. ¡Ah! ¡mi pobre señor!

Bor. Sin duda querrán quitarle la vida, porque le acusan de haber que-

rido matar al capitan.... y yo que conozco su inocencia, ¿le dejaré á merced de esos infames?.... No: voy á defenderlo hasta derramar la última gota de mi sangre. Voy á reunir los paisanos refugiados en las montañas; nos emboscamos, y al pasar la escolta nos echamos sobre ellos.... yo he de morir, ó les he de arrancar su víctima.

Juana. ¿Qué vas á hacer?....

Bor. No pienses disuadirme: se trata de la vida de mi amo, y tus esfuerzos serán inútiles. Ven á darme mis armas.

Juana. ¡Borello, por Dios!....

Bor. Ven: no se pierda tiempo.

Juana. Aguarda.... Allí veo uniformes....

Bor. Vamos á dentro.

Juana. Ya no hay tiempo: es el mayor Ruding.... escóndete. (*Señalando la escalera.*) Por allí: te encargo la prudencia.... ya llegan.

ESCENA II.

RUDING, JUANA, UN OFICIAL.

Rud. Que me espere el destacamento al otro lado del puente. Y bien, patrona, ¿cómo está mi querido Fernando? Supongo que le habreis cuidado.

Juana. (Aparte.) Nada sabe.

Rud. Si le habeis tratado bien, yo os prometo que no os ha de pesar. Pero ¿dónde está?.... ¿cómo no sale?....

Juana. Señor Mayor....

Rud. ¿Qué es eso? ¿Me estorbais el paso? ¿No quereis que vaya á abrazarlo?

Juana. Señor Mayor, es que....

Rud. Vamos.

Juana. Que ya no está aquí.

Rud. ¿No está aquí?

Juana. En mi casa no podia encontrar lo que necesitaba, y acaso se hallaba espuesto á grandes peligros.... por eso le hice conducir al castillo.

Rud. ¡Voto va!.... á vos le habia yo confiado.... ¿Y qué castillo es ese?

Juana. El de nuestro buen señor el conde de Torrelli.

Rud. ¡Torrelli!.... miserable....

Juana. ¡Ah! señor....

Rud. ¿Dónde le habeis enviado?.... Con el mas cruel de todos nuestros enemigos.

Juana. ¡Ah! no lo creais....

Rud. ¿No es él y su cobarde sobrino los que fomentan la revolucion y escitan á los aldeanos al desórden y al asesinato, dándoles ellos mismos el ejemplo? Yo tengo pruebas de ello: ¡que tiemblen!.... tiembla tú

misma!.... pero voy yo en persona á cerciorarme.... ¡Voto va! si le ha sucedido alguna desgracia, ninguno de vosotros se librará de mi justa venganza.

ESCENA III.

LOS DICHOS, FRITZ (*por la escalera.*)

Rud. ¡Ola, Fritz!

Fr. ¡Ah, señor Mayor! Qué fortuna para mí el encontraros.... Mi pobre amo....

Rud. ¿Qué le ha sucedido?

Fr. ¡Ay!

Rud. Vamos, habla, habla.

Fr. No sabemos de él.

Rud. ¿Es posible? Los soldados que yo envié....

Fr. Los encontré en el camino cuando yo iba á pedir socorro para mi amo: los conduje al castillo, lo registraron todo; pero inútilmente: el capitan Fernando no ha parecido.

Rud. Esos pícaros lo habrán asesinado.

Fr. Bien lo dije yo, que no era buena señal el alojarlo en aquel pabellon; pero no me quiso creer.

Rud. ¿A lo menos sus asesinos estan en nuestro poder?

Fr. Sí, señor Mayor. ¡Oh! hemos arrestado á todo el mundo: al Conde, á sus criados, y hasta su hija, que sin duda es tan buena como los demas, si se ha de juzgar por el disfraz que llevaba.
Rud. ¿Y el infame Morazzi?
Fr. ¡Oh! lo que es ese ya está habilitado. Dios cuide de su alma como por aquí han cuidado de su cuerpo.
Rud. ¿Ha muerto?
Fr. Sin que hayamos podido saber por quién, ni cómo.... ¡Oh! era un solemne pícaro. Hasta su tio se queja ahora de él: parece que le han encontrado una alhaja que pertenecia al Conde, y que sin duda él se la habia robado.
Rud. ¡A qué cueva de ladrones ha ido á enviar esta muger á mi pobre Fernando!.... Pero tú ¿á qué venias aquí?
Fr. A ver si adquiria noticias de mi amo.
Rud. ¿Cómo?
Fr. *(En voz baja.)* Haciendo prender á ese pícaro de Borello. El sargento Urman me sigue á alguna distancia con un buen destacamento; y con pretesto de sorprenderlos me hicieron marchar delante: si no os hubiera encontrado, sabe Dios....
Rud. Mi impaciencia no me permite

estar aquí mas tiempo. Quédate tú: yo voy corriendo al castillo, y daré órden al destacamento de que venga á unirse contigo. No dejeis de prender á ese bribon, cómplice vil de su amo, y que los dos sufran la muerte que les preparo. *(Vase por la escalera.)*

ESCENA IV.

BORELLO *oculto*, FRITZ, JUANA.

Juana. *(Aparte.)* Ahora creo que podrá salir mi hermano.

Fr. *(Aparte.)* «No dejeis de prender á ese bribon.» Esto se dice fácilmente; pero despues de los últimos sucesos conozco que me hallo menos valiente que antes. Si los compañeros estuviesen conmigo, no digo que no.... ¡pero solo!

Bor. *(Sacando la cabeza.)* Mis armas. *(Juana le hace señas de que espere que se vaya Fritz.)*

Fr. ¿Eh?.... ¿qué es eso?.... me pareció oir....

Juana. ¿Os quedais aquí?

Fr. Me parece que sí.

Juana. ¿Si?.... haceis mal.

Fr. ¡Ola!

Juana. Yo tengo buen corazon....

Fr. ¡Oh! ya lo sé.... teneis una pasta admirable....

Juana. Y os aconsejo que os marcheis cuanto antes.

Fr. ¿Cómo es eso?.... ¿Hay algun peligro?

Juana. ¡Muy grande!.... Y si amais la vida....

Fr. No tengais la menor duda.

Juana. Pues marchaos.

Fr. Esperad. *(Aparte.)* Esta quiere meterme miedo.... cuando se habla en ese tono es señal de miedo.... ¡Oh! estas son cosas en que yo estoy muy enterado. Voy á imponerla.

Juana. Vaya, marchaos.

Fr. *(Afectando valor.)* No pienso en eso, querida.... me quedo.

Juana. ¡Cómo! quereis.... esponeros...

Fr. *(Aparte.)* Cuando yo dije que tenia miedo.—Sí, señor, me quedo hasta que me digais qué es de mi amo.

Juana. Si yo no lo sé.

Fr. Pero vuestro hermano lo sabe, y es preciso....

Juana. Borello no está aquí.

Fr. *(Aparte.)* ¡Oh! ¡pues si está sola.... *(Alzando la voz.)* Señora molinera, es preciso decirme dónde está Borello.

Juana. *(Aparte.)* Este hombre quiere perderse.

Fr. No hay mas: es preciso decírmelo, ó si no....

Bor. (*Saliendo de repente.*) Aquí le tienes. Y bien, ¿para qué lo buscas?

Fr. (*Vuelve á su miedo.*) ¡Ay Dios mio!

Juana. Ya lo sabia yo.

Bor. Vamos, ¿qué quieres á Borello?

Fr. (*Temblando.*) Nada.... nada malo: cuando dos hombres han bebido juntos, no deben nunca pensar en hacerse daño.

Bor. Eso será en tu pais; pero no en el mio; y si no te mato es porque te juzgo indigno de mi cólera.

Fr. ¡Oh! yo lo conozco....

Bor. Tú buscas á tu amo; yo tampoco sé qué es de él; pero lo que puedo asegurarte es que no ha perecido en el castillo.

Fr. ¿De veras?

Bor. De todos modos, el Conde no ha tenido parte en nada. El señor Morazzi y yo lo hemos hecho todo. Anda á buscar á tu Mayor, y dile, que si en el momento no pone al señor Conde en libertad, no saldrá de estas montañas ni siquiera un soldado.

Fr. ¡Ni siquiera uno!

Bor. ¿Me has entendido? Marcha.

Juana. Soldados, soldados....

Fr. (*Aparte.*) Estos son los camaradas.

:

Bor. *(A Fritz.)* Anda á encontrarlos. *(A Juana.)* Y tú, con mil santos, dame mis armas. *(Juana entra en el molino.)* ¿No te has marchado?

Fr. Ya me voy, señor Borello, ya me voy. *(Aparte.)* ¡Oh! ¡si vinieran los compañeros! ¡cuánto me alegraría de prender á este pícaro! *(A Borello que lo mira.)* Ya me voy, señor Borello. *(Sube por la escalera.)*

Bor. Vamos, Juana: ¡cuánto tardas en sacar un fusil!

Fr. *(Subiendo de prisa.)* ¡Cáspita! ¡un fusil!...

Bor. Juana.... iré yo por él.

ESCENA V.

FRITZ, URMAN Y SUS SOLDADOS *en lo alto de la escalera,* BORELLO.

Fr. *(A los soldados.)* Compañeros, aquel es el bribon de Borello.... que no se os escape.... prendedle.... adelante, hijos, adelante.... *(Se pone detras.)*

Bor. *(Tomando una hacha.)* Aun no soy vuestro, y os venderé cara mi vida. *(Corta el puente, entra en el molino, y cierra la puerta.)*

Fr. Vamos camaradas.... á desalojarlo de allí.... Vosotros sois valientes, y somos diez contra uno.

Juana. (A la ventana.) Señores, ¿qué os he hecho yo? ¿por qué perseguís á unos pobres como nosotros?

Urman. No se da cuartel: rendirse.

Bor. (A la ventana con un fusil.) Jamas. Al primero que se acerque lo abraso.

Juana. (Echándose sobre él.) ¿Qué haces, hermano.... nos vas á perder. *(Lo quita de la ventana.)*

Fr. Espera, espera, zorro viejo, ya te haremos salir: vamos á darle humazo. Pongamos fuego al molino.

Todos. Sí, fuego, fuego.

Urman. Vamos pronto.... faginas, pólvora, mechas....

Fr. Yo voy á echar lumbres.... ¡Ah bribon!... por miedo del fuego se ha echado al agua.... allí va.... que se escapa....

Urman. Soldados.... fuego.... *(Borello se escapa á nado: los soldados le tiran; pero él se zabulle, y desaparece.)*

Fr. ¡Voto vá!.... se nos ha escapado.

Urman. No importa: el molino lo pagará. Fuego.

Todos. Fuego, fuego al molino. *(Se preparan á hacerlo.)*

ESCENA VI.

FERNANDO, FRITZ, SOLDADOS, *despues* JUANA.

Fern. (*En la escalera.*) Soldados, ¿qué haceis?

Fr. ¡Ay Dios! ¡es mi querido amo!

Todos. ¡El Capitan!

Juana. (*A la puerta del molino.*) Señor Capitan, salvadme por Dios.

Fern. Amigos, deteneos: hartos desastres engendra la guerra sin añadir otros nuevos.

Fr. Perdonad, mi querido amo: pensamos que el infame Borello os habia asesinado, y por eso....

Fern. A él y á su amo es á los que hay que castigar; pero no á esta muger, que no puede ser cómplice suya.

Juana. (*Siempre á la puerta.*) ¡Ah señor! yo os lo juro.

Fr. Los juramentos no cuestan nada. Pero ¿cómo es que no os he encontrado en el castillo?

Fern. Escapé por milagro á la muerte que me destinaban, abandoné al momento aquella casa infame, y me dirigí al monasterio donde te habia enviado á pedir auxilio; pero me perdí en las montañas, y despues de caminar mucho tiempo sin di-

reccion, me encuentro al fin enmedio de vosotros. *(Durante el diálogo anterior pone Juana una tabla en lugar del puente que cortó Borello, y viene á la escena.)*

Juana. Señor oficial, vos me habeis salvado el molino: disponed de él: necesitais descansar.... nada teneis que temer en casa de una madre que os debe la vida de su hijo.

Fr. Sin perjuicio de todo eso, yo tomaré mis medidas de seguridad: entrad, señor. Ademas, el camino real estará á cien pasos de este molino, y necesariamente la tropa que conduce los presos al cuartel general ha de pasar por aquí.

Fern. ¡Los presos!...

Fr. Sí, señor, el conde de Torrelli, su hija, y.... Pues qué ¿no sabeis?... nos hemos cubierto de gloria.... los hemos pillado á todos menos á Borello.... pero no se escapará: ya ha llegado el Mayor, y....

Fern. ¿El mayor ha vuelto?

Fr. Ha ido al castillo á saber de vos.

Fern. ¡Mi querido Ruding!... es preciso avisarle.

Fr. Eso es. Mientras dais vuestras órdenes, voy á visitar el molino. Seguidme, compañeros: entremos como vencedores en esos muros que nuestro valor ha conquistado. *(Mar-*

cha á la cabeza de algunos soldados con aire de triunfo, y pasa temblando por la tabla que sirve de puente ; Juana le sigue.)

ESCENA VII.

FERNANDO, URMAN, SOLDADOS.

Fern. (Escribiendo en un libro de memoria.) Avisemos al Mayor que estoy aquí.... Quiero recomendarle á Zenadin.... ¡Pobre Zenadin!... A él le debo la vida..... Lo llevaré conmigo.... y recompensaré su generosidad. *(Arranca la hoja.)* Sargento Urman, que lleven al instante este papel al mayor Ruding. Poned centinelas al rededor del molino, y estableced un puesto en esa casa.

Urman. Voy allá, mi Capitan. *(Da el papel á un ordenanza: coloca centinelas, y se retira: Fritz y Juana salen del molino.)*

Fr. Ya está todo preparado, pódeis entrar cuando gusteis. Ahora voy á hacer que se tomen las precauciones necesarias para que no haya que temer alguna sorpresa.... ¿Os reis?... La prudencia lo exige. ¡Oh! vivir tranquilo, y morir lo mas tarde posible.... estos son mis principios. *(Vase por la escalera.)*

ESCENA VIII.

JUANA, FERNANDO.

Juana. Perdonad, señor oficial, si me tomo la libertad.... pero es tanta mi inquietud....

Fern. Hablad sin temor.

Juana. Nuestro buen amo el conde de Torrelli, sacado de su castillo por vuestros soldados, va á ser conducido al cuartel general: ¿cuál será su destino?

Fern. La muerte.

Juana. ¡La muerte!

Fern. Las leyes de la guerra condenan á la pena capital al cobarde que despreciando el derecho de gentes se atreve á asesinar á un soldado.

Juana. ¡Ah! no lo creais.... el señor Conde es incapaz....

Fern. ¡Incapaz!... ¿no ha querido hacerme asesinar?

Juana. Es imposible.... no puede haberlo mandado.

Fern. Basta ya.

Juana. Pero á su hija ¿de qué pueden acusarla? En este pais hace bien á todos, y no hay desgraciado que no bendiga el nombre de Julia.

Fern. ¿Julia decis? *(Oyese á lo lejos una marcha que continúa du-*

rante el diálogo siguiente.)

Juana. ¡Dios mio! ¡qué es lo que oigo!

Fern. ¿Su hija se llama Julia?

Juana. Sí, señor: la llamanos su hija; pero no lo es: la pobre es una huérfana á quien el señor Conde sirve de padre.

Fern. ¡Una huérfana! ¡Ah! qué rayo de esperanza....

Juana. No me engaño: ese ruido es en el camino.

Urman. (Desde la escalera.) Capitan, ahí viene la escolta que conduce á los presos.

Fern. Respondedme, por Dios. ¿Hace mucho tiempo que esa jóven está al lado del Conde?

Juana. Hace dos años.

Fern. ¿No ha estado en Alemania?

Juana. Creo que sí.

Fern. ¿Con motivo de un pleito?

Juana. Precisamente: ahora me acuerdo.

Fern. ¿Con su madre?

Juana. Sí, señor: la marquesa de Monreal.

Fern. ¡Ella es!.... Es mi Julia.... ¡Y se halla entre soldados!.... Corramos.... *(La marcha se interrumpe: ruido dentro.)*

Urman. Atras.

Jul. (Escapándose de entre los solda-

dos.) Aquí está.... dejadme que lo hable.

Juana. Ella es.

Fern. ¡Julia!.... ¡te vuelvo á ver!

Jul. *(Baja precipitadamente, y cae á los pies de Fernando.)* ¡Fernando!.... miradme á vuestros pies.

Fern. ¿Qué haceis, Julia?

Jul. Por Dios, una palabra.... Fernando, escuchadme.

Fern. Hablad.

Jul. A vos solo.

Fern. *(A los soldados.)* Retiraos. Que se suspenda la marcha, y se tengan á la vista los presos. *(Los soldados se retiran.)*

ESCENA IX.

JULIA, FERNANDO.

Fern. Julia, el cielo te vuelve á mis brazos.

Jul. Sí, para que me libreis de una desgracia.

Fern. A mi lado no tienes nada que temer.

Jul. Asi lo creí desde que supe que estabais en estos sitios. Ya no tiemblo por mí; pero el conde de Torrelli....

Fern. Ningun lazo os une á ese pérfido.

Jul. Me ha servido de padre.

Fern. Ha atentado dos veces contra mi vida.

Jul. ¡El Conde!.... Fernando, yo apelo á vuestro corazon. Un anciano estimado, querido de todos los que le rodean, cuyos dias se señalan por sus beneficios, cuya alma generosa se estremece á la idea de una perfidia, ¿podeis creer que se haya atrevido á violar los sagrados derechos de la hospitalidad para entregarse á una infame venganza? ¡Ah! ¡esta idea me horroriza!.... Y á vos tambien os debe horrorizar. No: él os ha recibido en su castillo, os ha sentado á su mesa.... ¿Olvidais su noble indignacion cuando su presencia arrancó el puñal de las manos de Borello?.... Fernando, ¿hay alguien que proteja la vida de aquel que quiere asesinar?

Fern. Muchas veces el temor retarda la venganza, y el crimen se oculta para asegurar la impunidad. Vos misma, querida Julia, vos ignorabais que yo estuviese en el castillo, temian que os interesáseis por el desgraciado á quien querian sacrificar; os alejaron de mi vista, y á no ser por la generosidad de un esclavo, de un ángel que ha velado constantemente por mí, yo hubie-

ra muerto á manos de esos cobardes asesinos.... ¡Hubiera muerto á vuestro lado sin gozar la dicha de veros!

Jul. ¿Os acordais aun del pobre Zenadin?

Fern. Me acordaré toda mi vida.

Jul. Pues bien; ¿y si fuera él quien os implorase por mi voz?.... Si os dijera: señor, yo he espuesto mi vida por preservaros de los lazos que os tendian vuestros enemigos; yo he seguido sus pasos, he escuchado sus palabras, he sorprendido sus secretos, me he apresurado á preveniros los peligros que sospechaba. Asi arranqué de vuestros labios la copa envenenada; asi adiviné el secreto de aquel pabellon, donde debiais encontrar la muerte. ¡Cuánto sufri al verme encerrada por el infame Morazzi! Sin medios ya para avisaros; sin atreverme á alzar la voz por temor de apresurar vuestra muerte, combatida por los tormentos de la incertidumbre, me fue preciso comprimir mi terror para hacer llegar á vuestros oidos aquel romance, cuyas palabras eran otros tantos avisos del peligro que os amenazaba.

Fern. ¡Julia!....

Jul. ¡Yo escuchaba!.... ¡el silencio aumentaba mi suplicio!.... En fin, el

cielo me inspira.... el relox dá las tres.... la desesperacion redobla mis fuerzas.... la puerta arrancada cae á mis pies, y me precipito á salvarte, ó á morir contigo.

Fern. ¡Julia! ¿eras tú?....

Jul. ¡Y quién sino el amor podia inspirar semejante arrojo!

Fern. Querida Julia.

Jul. Tuve que dejar mi disfraz para seguir al Conde de Torrelli, partir sus penas, y probarle mi ternura.

Fern. Corazon noble y generoso: ¿con que tú sabes encontrar consuelos para toda clase de penas?

Jul. ¡Ah! Si tú hubieras visto á ese anciano venerable, arrancado del techo de sus abuelos, conducido sin piedad enmedio de una soldadesca insolente, alejado de sus fieles criados, que solo tenian lágrimas para llorar su infortunio!.... Yo sola he podido seguirle, porque me he llamado su hija; yo sola le acompaño en su desgracia; ya no tiene mas que mis súplicas y mis lágrimas para arrancarle á la muerte. Fernando, en tí solo fijo mi esperanza.... ¿necesitas verme á tus pies? Pues bien, Julia desesperada implora á tus pies por precio de su cariño la vida de su bienhechor.... ¡Salva, salva á mi padre!....

Fern. Julia, tú has vencido. Yo falto á mi deber, favoreciendo la fuga de un culpable: no importa, cumpliré tus deseos. Urman, traed al conde de Torrelli. *(A Julia.)* Anúnciale lo que tú sola podias obtener de mí. Por este lado es imposible la fuga: por allí, alejando un centinela, será facil.... Voy á disponerlo.

Jul. Fernando, es mi padre, es el tuyo á quien vas á salvar.... Sí, el tuyo; porque ya no podrá rehusar la mano de su hija al hombre generoso que lo vuelve á mis brazos.

Fern. Vuelvo al instante. *(Besa la mano de Julia, y se va. Los soldados traen al Conde, y se retiran.)*

ESCENA X.

EL CONDE, JULIA.

Jul. Padre mio, sabed, en fin, el motivo que me hizo alejarme de vos con tal precipitacion.

Conde. La sospecha de lo que ibas á emprender aumentaba mis desgracias.

Jul. ¡Cómo! ¿despreciaréis?....

Conde. Julia, yo soy siciliano, y maldeciria la existencia si la debiese á un enemigo de mi patria.

Jul. Pensad solamente en su generosidad.

Conde. ¡Su generosidad! Si no hubiera sido por el amor que te tiene, ¿se hubiera dignado compadecer siquiera mis desgracias? No: sin respeto á mis canas, me hubiera confundido con las víctimas de su furor.

Jul. Padre mio, ved mis lágrimas, escuchad mis súplicas.

Conde. Solo escucho mi rencor.

Jul. Conservad la vida.

Conde. Sería una indigna debilidad.

Jul. ¿Qué podeis esperar?

Conde. La muerte: la espero como el término de mis largos trabajos. ¡Gran Dios! ¡cuán terrible es tu justicia! Veinte años de desgracias ¿no bastan para expiar una sola falta? Si fuí amante pérfido y padre criminal, ¿no he pagado ya este insulto á la naturaleza con perder la felicidad de mi vida?... ¿No bastaban tantas diligencias inútiles, tantas esperanzas burladas?... Era necesario que mi hijo fuese asesinado por el hombre que debia reemplazarlo á mi lado.

Jul. ¿Qué me decis?... ¡Morazzi!...

Conde. Sí: conoce, en fin, la causa de esta desesperacion á que mes ves entregado. No es la pérdida de mis bienes y de mi vida lo que me atormenta: antes de salir del castillo recibí pruebas de que Morazzi, temiendo sin duda verse privado de

la herencia, habia dado la muerte á mi desgraciado hijo.

Jul. ¡Será posible!...

Conde. Un regalo que yo habia hecho á María, y que debia pertenecer á mi hijo, ha sido encontrado en el cadáver de ese miserable que me avergüenzo de llamar mi sobrino. ¿Cómo podia poseerlo sino por medio de un crimen? Y cuando fingia sentir mis penas, cuando me ofrecia ayudarme á buscar á mi hijo, el infame se presentaba á mis ojos adornado con los despojos de su víctima!... ¡Ah! ¡este golpe terrible ha triunfado de mi valor!... María, tu venganza será satisfecha, tus maldiciones serán cumplidas. Enmedio de las grandezas y la opulencia el autor de tus males es ahora mas desgraciado que tú!... *(Cae abismado sobre una piedra cubriéndose el rostro.)*

ESCENA XI.

EL CONDE, JULIA, FERNANDO.

Fern. Todo está prevenido, ya podeis....

Jul. ¡Ah Fernando! Lo rehusa....

Fern. ¡Cómo! cuando yo impongo silencio á mi justo resentimiento, ¿os

avergonzaríais de deberme la vida?

Conde. Sí, porque me creeis culpable.

Fern. Todo lo olvido: no quiero ver en vos sino al bienhechor de Julia.

Conde. No puedo aceptar vuestros favores.

Fern. Pensad en la suerte que os amenaza: sois perdido si os llevan al cuartel general. Juzgado por un consejo de guerra, sereis condenado á muerte....

Conde. ¿Qué me importa la vida si me quitais el honor?

Jul. Padre mio....

Conde. Aun podeis hacer por mí mas que salvarme esta triste vida. Un mónstruo á quien yo llenaba de beneficios, no contento con privarme de lo que yo mas amaba en este mundo, me ha señalado con la tacha de un crímen que él solo era capaz de cometer. Yo aborrezco á vuestros compatriotas, porque son los opresores de mi patria; y á no ser por las súplicas de Julia, os hubiera rehusado la entrada en mi castillo; pero despues de haberos concedido un asilo, mi honor, la gloria de mi nombre y cierto interes que me inspirabais, me hubieran hecho defender vuestra vida si hubiera sabido que alguno la amenazaba. Ninguna parte he tenido en ese

horrible atentado: creed en la palabra de un viejo que la tumba va á devorar. Treinta años he servido á mi patria con honor.... ¿Podeis creer que un soldado se convierta en asesino?

Jul. ¡Ah Fernando! yo os lo juro....

Fern. Basta, Julia. Señor, hace un momento que os aborrecia; pero os veo, os oigo, y me avergüenzo de haber sospechado de vos un solo instante tan negra traicion. Vuestro rostro venerable, el sonido de vuestra voz, la noble franqueza de vuestras palabras, todo se reune para convencerme.... para enternecerme: yo sería criminal si causase vuestra muerte.... ya no es Julia, señor, soy yo quien os da la vida.

Jul. ¡Querido Fernando!... Y vos, padre mio, no os negueis á mis ruegos, no me priveis del único apoyo que Dios me ha dado en la tierra.... ¡Ah! yo no podria vivir sin vos.... vivid, vivid para vuestra Julia.

Conde. ¡Oh, hija mia! Conozco que tu amor puede aun hacerme soportar la vida. Fernando, yo acepto vestros beneficios.

Fern. Los momentos son preciosos: venid, voy á guiaros.

Jul. Marchemos.

Conde. (*Con un suspiro.*) ¡Marche-

mos! *(Oyese ruido de armas y tambores.)*

Fern. ¡Qué oigo!

Jul. ¡Gran Dios!

Conde. ¡Es una señal de alarma!

Fern. Apresurémonos.

Conde. Mi fuga os comprometeria: yo me quedo.

Fern. ¡Ruding!... Ya no es tiempo.

ESCENA XII.

RUDING, FERNANDO, EL CONDE, JULIA, JUANA, OFICIALES Y SOLDADOS.

Rud. Todo el mundo sobre las armas, y preparémonos á recibirlos.

Juana. ¡Dios mio!... Ese Borello....

Fern. *(Aparte.)* ¡Qué habrá sucedido!

Jul. *(Al Conde.)* A lo menos sufriré vuestra suerte.

Rud. Sargento, que doce granaderos se llevan al preso, y que en el momento....

Fern. ¡Ruding! ¿Qué haceis?

Rud. Mi deber.

Juana. ¡Pobre amo mio!

Fern. ¿Osareis mandar semejante atrocidad?

Rud. Es indispensable.

Fern. ¡Un anciano!....

Rud. El gefe de los bandidos que ase-

sinan á nuestros soldados.

Fern. ¡Qué decis!

Juana. Es una impostura, señor Mayor....

Rud. Con su dinero se pagaba á los criminales, y su sobrino los capitaneaba.

Conde. ¡Infame Morazzi!

Rud. (*A los soldados.*) Obedeced, llevadlo.

Fern. (*Poniéndose delante del Conde.*) Deteneos: yo me opongo....

Rud. ¿Y eres tú quien toma su defensa? ¿Quieres hacernos víctimas de tu loca generosidad? ¿No oyes los gritos de esos fanáticos armados en su nombre? Por todas partes bajan de las montañas, y acaso lograrán envolvernos. Es preciso aterrarlos, quitándoles la esperanza de salvar al preso. (*A los soldados.*) Llevadlo, y que muera.

Jul. ¡Padre mio!... (*Al Mayor.*) ¡Ah, señor! vedme á vuestras plantas.

Rud. No puede ser.... Llevadlo.

Juana. Señor Mayor, por Dios....

Fern. Ruding, escuchadme....

Rud. Nada escucho.

Conde. Basta ya: cese tan penosa contienda.... Capitan, dejadme sufrir mi suerte, y creed que vuestra noble conducta ha interesado á mi corazon. A Dios, hija mia.... recibe la

última bendicion de tu padre.

Jul. Yo no me separo de vos.... moriremos juntos.

Conde. Juana, la encomiendo á tu cuidado.

Juana. Venid, señorita.... este espectáculo os daria la muerte.

Jul. No, yo no puedo abandonarlo en este terrible momento.

Conde. *(Aparte á Fernando.)* Amigo mio, haced que la alejen de aquí. *(Oyese un redoble.)* Estoy pronto á morir. Señor Mayor, ¿puedo esperar que se respete mi última voluntad?

Rud. Sí, señor.

Conde. Aquí sobre mi corazon llevo el doloroso recuerdo de un objeto querido, que un acontecimiento funesto arrebató á mi ternura. Yo no quiero separarme de él sino despues de muerto; pero cuando yo no exista espero que se lo entregueis á mi hija adoptiva, para que lo conserve como la última prenda de mi amor.

Rud. Yo os lo prometo. *(Segundo redoble.)*

Conde. *(Sacando del seno el medallon, y cubriéndole de besos.)* ¡Oh hijo mio! En el instante de recibir la muerte, yo imploro mi perdon, y estrecho contra mi co-

razon esta prenda adorada.

Fern. ¡Qué veo!.... Deteneos....

Rud. No haya detencion....

Fern. Deteneos digo. Este medallon.... ¿cómo está en vuestras manos?.... es mio.

Conde ¡Vuestro!

Fern. Me le dió mi madre.

Conde. ¿María Roberti?

Fern. La misma.

Conde. ¡Dios mio!.... ¡Dios mio!.... ¡Yo te doy gracias! Ya no moriré sin haber abrazado á mi hijo.

Fern. *(Echándose en sus brazos.)* ¡Mi padre!

Todos. ¡Su padre! *(Gritos, ruido de armas, y tiros.)*

Los centinelas. *(Replegándose.)* El enemigo, el enemigo.

ESCENA XIII.

Los dichos, BORELLO, PAISANOS. *(El fondo de la escena se cubre de barcas llenas de paisanos armados. Borello aparece detras de la casilla.)*

Bor. y paisanos. Rendid las armas.

Rud. Ahora lo veremos.

Fern. *(Avanza á la cabeza de los soldados.)* Seguidme.... á ellos....

Bor. *(Apuntándole.)* Volvednos al Conde, ó sois muerto.

Conde. Detente, Borello.... miserables, ¿qué haceis?.... es mi hijo.

Bor. ¡Su hijo! *(Borello arroja el fusil, los paisanos huyen.)*

Rud. Prended á ese hombre.

Conde. ¡Oh hijo mio! ahora sí que la muerte me va á parecer terrible.... Pero es preciso ceder al destino. Señor Mayor, disponed de mi vida.

Fern. ¡Padre mio! ¿qué decís?.... Ruding, ¿sereis capaz de mandar....

Bor. No, señor: mi amo es inocente. El señor Morazzi y yo fuimos los que atentamos á la vida del capitan.... perdonad, señor, yo ignoraba que fuese hijo vuestro: solo veia en él un enemigo de mi patria.

Fern. Lo oís, Ruding....

Rud. Tranquilízate, Fernando.... quiero solemnizar este acontecimiento, concediendo un perdon general.

Fern. ¡Padre mio!

Jul. Señor, Zenadin os vuelve vuestro hijo.

Conde. Venid, hijos mios, ya no volveremos á separarnos, vuestras manos queridas cerrarán mis párpados.... Ya mi conciencia tranquila no teme la terrible eternidad.

FIN.

ctos de un mal ejemplo.
ira portuguesa.
cuela de la amistad.
cuela de los jueces.
pañol y la francesa.
que de ageno se viste.
1 toas partes cuecen habas.
s la Chachí.
spañoles sobre todo (2.ª parte).
spiacion.
elipe II.
eria de Sevilla.
lor de la canela.
ulgencia ó los maniáticos.
avorita (La).
ombela y Suni-Ada.
aceta de los Tribunales.
alan invisible.
uzman (tragedia).
emelos (Los).
onzalo de Córdoba.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija del Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Ilusiones perdidas.
Infantes de Lara.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Joseliyo y la Serrana.
Juan el Feo.
Juana la Rabicortona.
Juzgar por las apariencias, ó una Maraña.
Jóven de sesenta años.
Jugador.
Loco de amor.
Lo que son mujeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Maton de Andalucía.
Mensajera.
Mérope.
Muerto vivo.
Marido jóven y mujer vieja.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Mujer celosa.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropia y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia).
Mujer por fuerza.
Mujer varonil.
No hay que fiarse de compadres.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (tragedia).
Novicio.
Opera y el Sermon.
Opresor de su familía.
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pagarse del esterior.
Para un apuro un amigo.
Parto de los montes.
Polilla de los partidos.
Primo y el Relicario.
Por amar perder un trono.
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Penitencia en el pecado.
Posada de la madona.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Quien será su padre.
Rábula (tragedia).
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Rocío la Buñolera.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).

Secreto de una madre.
Solteron y la criada.
Sal de Jesús.
Tal para cual.
Tonta (La) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del Jugador.
Tio Pablo ó la educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Too es jasta que me enfae
Torero de Madrid.
Toros del Puerto.
Triana y la Macarena.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Urganda la desconocida.
Un año de matrimonio.
Un año despues de la boda.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Zenobia y Radamisto.
Y otras muchas.

SAINETES.

Abate y el albañil.
Agente de sus negocios.
Alcalde de la Aldea.
Alcalde justiciero.
Alcalde proyectista.
Alcalde toreador.
Almacen de criadas.
Almacen de novias.
Ama loca y paje lerdo.
Amantes disfrazados.
Amigo de todos.
Amo y criado, y casa de vinos generosos.
Amor abandonado y paje desgraciado.
Andaluzas y manolo.
Anteojo (El).
Aspides (Los).
Astucia de la alcarreña.
Astucia de una criada.
Astucias conseguidas.
Astucia estudiantina.
Astucias desgraciadas.
Avaracia castigada, ó los segundones.
Avaro arrepentido.
A un engaño otro mayor, ó el barbero que afeitó el burro.
Baile desgraciado.
Bellos caprichos.
Besugueras.
Boda de Don Patricio.
Boda del tio Carcoma.
Burlador burlado.
Burla del pintor ciego.
Burla del miserable.
Burla del posadero.
Bandos del Avapies y venganzas del Zurdillo.
Buñuelo (tragedia burlesca).
Botero (tragedia).
Botellas del olvido.
Cada uno en su casa y Dios en la de todos, y no hay que fiar en vecino.
Café (El).
Calceteras (Las).
Calderero y la vecindad.
Callejon de la Plaza mayor.
Careo de los majos.
Casa de abates locos.
Y otros muchos.